
HARLEQUIN
Deseo
La isla del olvido
Maureen Child



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La isla del olvido, n.º 5479 - enero 2017
Título original: Man Beneath the Uniform
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9344-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

–Espera, espera, espera. A ver si lo he entendido… ¿estudia *peces*? –repitió Danny Akiona, soltando una risa incrédula.

Danny era nativo hawaiano y pertenecía a los SEAL, el cuerpo de élite de la Armada de los Estados Unidos que operaba en misiones de alto riesgo en tierra, mar, y aire.

Su amigo y también SEAL Zack Sheridan, sentado frente a él, le lanzó una mirada furibunda. Sabía que se burlaría cuando se lo contase, y aunque tenía que admitir que si se cambiasen las tornas sería él quien se burlase, aquello no lo hacía menos irritante.

Estaban en un pequeño bar poco iluminado y apestado de humo, con la música de fondo de una gramola que tenía desde discos de viejos éxitos hasta temas de hip-hop, y camareras con tops minúsculos y minifaldas de cuero que iban de un lado a otro con bandejas cargadas de copas.

–Tío, es que es buenísimo… –continuó Danny, riéndose entre dientes y sacudiendo la cabeza.

Si las miradas matasen, Zack lo habría fulminado allí mismo.

–Me alegra que a alguien le parezca divertido –masculló.

–Bueno, no puedes negar que tiene su gracia –replicó Danny. Sus ojos castaños brillaban maliciosos, y en su moreno rostro se dibujó una amplia sonrisa–: nosotros nos vamos un mes de permiso, mientras que a ti te han impuesto una sanción por la que tendrás que hacer de niñera de una científica hija de un millonario –murmuró burlón, levantando su jarra de cerveza–: brindo por todas las mujeres a las que me llevaré de calle ahora que vas a estar un tiempo «fuera de juego».

Desde luego que iba a estar fuera de juego, pensó Zack apesadumbrado. Treinta largos días cuidando de una niña de papá…

–Dios, se me hará eterno –farfulló refregándose las manos por la cara–. ¿Cómo han podido hacerme esto?

–Bueno, después de lo que hiciste era de esperar –dijo Danny

frunciendo los labios–. Vamos, Zack, sabías que te patearían el culo en cuanto volviéramos a la base.

Su amigo bajó la vista a su vaso de whisky, como considerando sus palabras, y luego volvió a alzar el rostro hacia él.

–¿Tú también crees que debería haber actuado de un modo distinto?

–Diablos, no –contestó Danny contrayendo el rostro e irguiéndose en su asiento–. Si no hubieras vuelto a buscar a «Cazador»… –dijo inclinándose sobre la mesa, con los antebrazos apoyados en ella–. Habría sido algo inaceptable. Teníamos que volver a por él, fueran cuales fuesen las órdenes –concluyó con vehemencia, moviendo la cabeza.

Zack asintió. Ni un instante había dudado que hubiera hecho lo correcto, porque se había limitado a seguir los dictados de su conciencia, pero le reconfortó que su amigo lo apoyara. Desde que ingresó en el cuerpo, siempre se había regido por las reglas de los SEAL, y una de ellas era que jamás dejaban a un hombre atrás. Si un equipo de seis hombres entraba al asalto en un lugar, tenían que salir los seis, porque, vivos o muertos, los SEAL siempre regresaban a casa.

Los recuerdos regresaron a su mente en una especie de remolino. La misión que su equipo había llevado a cabo dos semanas atrás había estado abocada al fracaso desde el principio. Los habían enviado a aquel lugar para infiltrarse en él sin ser vistos, rescatar a un rehén y después salir pitando, pero la información que les habían dado estaba equivocada. El rehén no estaba donde se suponía que debía estar, y cuando al fin lo encontraron ya les quedaba poco tiempo. A sólo unos veinte minutos de la hora acordada en que los recogerían, habían desbaratado sus defensas, y «Cazador» Cabot recibió un disparo. Zack y el resto del equipo habían conseguido llegar con el rehén a la Zodiac que había ido a recogerlos, y fue justo entonces cuando se dieron cuenta de que faltaba Cazador.

Zack, que estaba al mando del equipo, informó a sus superiores por radio, y éstos, para su estupefacción, le habían dado órdenes de que lo dejaran allí y se marcharan. El sólo recordar el desprecio hacia la vida de uno de sus compañeros volvió a hacer que le hirviera la sangre en ese momento. La vida de aquel rehén, un

diplomático, era importante para ellos, pero no la de un SEAL. Apretó la mano en torno al vaso de whisky. Si volviera a pasar por aquello habría hecho lo mismo. Había ignorado las órdenes, dejado a su equipo con el rehén para que lo protegieran, y había vuelto para sacar a Cazador de allí.

En esos momentos Cazador estaba en el hospital militar, recuperándose de sus heridas, pero él había recibido una sanción disciplinaria, y lo habían destinado un mes como guardaespaldas de una chalada que estudiaba las costumbres de los pescados. La vida era tremendamente injusta.

–¿Y qué clase de peces estudia exactamente? –inquirió Danny con la boca llena de cacahuetes.

–¿Eh? –contestó Zack, frunciendo el ceño. ¿Qué diablos importaría eso?

–Quiero decir que a lo mejor los peces que estudia son alguna especie interesante, como tiburones, por ejemplo –dijo su amigo–. En Hawai tenemos unos tiburones enormes, tío. Una vez vi uno tan grande que…

–Por favor, Dan… –le rogó Zack levantando una mano y contrayendo el rostro–. Ahora mismo no estoy para historias de Hawai.

Danny podía pasarse horas hablando sin cesar de la belleza de Hawai, sus playas paradisíacas, sus grandes olas, sus hermosas mujeres, y de las docenas de mujeres a las que había vuelto locas de amor, pero ese día Zack sencillamente no estaba de humor.

Danny sonrió.

–Vale, vale, tranquilo. Bueno, ¿y cuándo tienes que ir a ver a la científica ésa?

–Mañana a las ocho.

–¡Diantre, hermano, entonces alegra esa cara! Mientras dure la noche todavía eres libre.

Zack sonrió también, sintiéndose un poco mejor. Era cierto que aún faltaban horas para las ocho de la mañana.

–Supongo que tienes razón, Hula –dijo usando el apodo de Danny.

–Amigo, *siempre* tengo razón –respondió su amigo riéndose. Le hizo una señal a una camarera para que les sirviera otra ronda, y se volvió hacia Zack–. ¿Sabes qué deberíamos hacer? Buscar a un par

de chicas guapas y hacer que esta noche valga por todo el mes de permiso que te han quitado –propuso levantando su jarra de cerveza–. Vamos a divertirnos, hermano.

–Papá, esto es ridículo –masculló Kimberley Danforth por el auricular del teléfono que tenía en su mano–. No quiero un «perro guardián», no lo necesito.

–Entonces hazlo por mí –contestó la voz profunda y autoritaria de Abraham Danforth al otro lado de la línea–. No podemos tomar esto a la ligera.

–Papá, esa amenaza iba dirigida contra ti, no contra mí –replicó.

Por su puesto que había sentido temor por la seguridad de su padre al enterarse de que había recibido aquella amenaza, y por supuesto que estaba preocupada, pero no comprendía cómo podía afectarle eso a ella.

Hubo una larga pausa, y escuchó a su padre inspirar profundamente.

–Kimberley, sea quien sea quien está detrás de esa amenaza, lo que quiere es que retire mi candidatura, y la forma más fácil sería poniendo en peligro la vida de quienes quiero, de mi familia.

Kimberley suspiró. Su padre jamás había sido exactamente cariñoso y abnegado. De hecho, en vez de como un padre, lo había visto siempre como un hombre de negocios que se había dedicado en cuerpo y alma a aumentar la riqueza y el prestigio de la familia, en lugar de pasar tiempo con sus hijos. Pero, aun así, sabía que a su manera los quería, y que se preocupaba por ellos, sobre todo por ella, que era la menor, y su única hija.

Además, aunque quizá con cierta torpeza, lo cierto era que su padre estaba intentando arreglar sus errores del pasado, comportarse como el padre que ella hubiese querido que fuera. La persona que había estado enviándole mensajes amenazantes por correo electrónico no la había mencionado, por lo que no le parecía que pudiera estar en peligro, pero su padre tenía suficientes preocupaciones como para darle una más negándose a aceptar ese guardaespaldas. Si aquello lo hacía sentirse más tranquilo, tal vez debiera rendirse y dejar de discutir con él.

Y, por otra parte, su tío Harold, el hermano menor de su padre,

la había instado también una y otra vez a que aceptara, y le costaba aún más negarse a lo que le pedía su tío, porque, dado que carecía de las responsabilidades de su padre sobre el negocio familiar, había tenido más tiempo, y había sido una especie de padre sustituto para ella y sus hermanos.

–Está bien –capituló–, puedes contratar a ese guardaespaldas, pero no se alojará aquí.

–Kim, por favor, no seas cabezota –le dijo su padre en un tono impaciente, como si habiendo ganado la discusión tuviera prisa por colgar y pasar a otra cosa–. Ponle en la habitación de invitados y ya está.

–Papá, no voy a dejar que un extraño duerma en mi casa.

–No es un extraño, es el hijo de…

–Sí, ya lo sé, de ese amigo que tuviste en la Armada –lo interrumpió ella con voz cansina, antes de que empezara otra vez a contarle historias de la guerra.

–Exacto, y llegará en cualquier momento –dijo su padre–. Espero que cooperes y no le pongas las cosas difíciles.

–Papá, no…

–Lo siento, tesoro, pero tengo que dejarte.

Y antes de que Kim pudiera decir otra palabra, había colgado.

–Un placer hablar contigo, papá –farfulló, colgando el teléfono.

Justamente en ese momento sonó el timbre de la puerta y, resoplando, la joven se dirigió al vestíbulo, todavía con ganas de pelea. Al abrir la puerta se encontró frente a ella a un hombre con gafas de sol y cara de pocos amigos. Era tan alto y fornido que parecía ocupar todo el espacio del pequeño porche delantero. Tenía el cabello castaño rojizo muy corto, y llevaba unos vaqueros desgastados en las rodillas, una chaqueta de cuero y una camiseta negra. ¿No sería aquel el guardaespaldas que le enviaba su padre? Siempre había pensado que los militares eran gente un poco más… presentable.

–¿Sí?

El hombre contrajo el rostro, frunció el ceño y se frotó la sien.

–¿Le importaría no gritar? –le pidió apretando los dientes.

–No he gritado.

–Sí lo ha hecho; ahora mismo lo está haciendo –contestó él, quitándose las gafas y guiñando los ojos por la luz del día–. Mierda,

cómo odio las mañanas.

Kim se fijó en que en torno a sus ojos, de un tono entre azul y verde, había marcas de cansancio y falta de sueño que indicaban que había trasnochado y, a lo que parecía, probablemente había estado bebiendo. Dios, aquel tipo desaliñado, malhablado, y con resaca no podía ser el hombre que había contratado su padre…

–¿Qué quiere?

–¿Que qué quiero? –respondió él–. Lo que quiero es un par de aspirinas, una habitación oscura… y estar en cualquier lugar excepto aquí.

–Estupendo –dijo ella, aferrando los dedos en torno al picaporte, dispuesta a darle con la puerta en las narices–. En ese caso… ¿por qué no se va a cualquier otro lugar, a su casa, por ejemplo, y se toma esa aspirina y se acuesta?

Trató de cerrar, pero el hombre interpuso el pie entre la puerta y el marco, impidiéndoselo. Kim entornó los ojos, e ignoró el vuelco de miedo que le dio el estómago. Exteriorizarlo la habría hecho parecer débil y vulnerable.

–Quite el pie de ahí o se lo romperé.

–¿Sabe qué? Lo mejor será que empecemos de nuevo –respondió él sin apartarlo.

–Mejor será que no –farfulló ella, empujando la puerta con los brazos, el hombro, y la cadera.

El hombre apretó los labios.

–Eso duele.

–Ésa es la idea.

Él resopló.

–Venga, déjeme entrar. Es usted Kimberley Danforth, ¿no?

–Oh, ¿se supone que tengo que confiar en usted sólo porque sabe mi nombre? –masculló Kim, empujando la puerta con todo su peso.

El hombre puso una mano contra la madera, empujó, y con una facilidad pasmosa, consiguió abrirla unos centímetros más.

–¿Qué cree que está haciendo? –exclamó Kim irritada, sin dejar de empujar–. Váyase de aquí de una vez.

–Soy Zack Sheridan.

–Pues qué bien.

–Me envía su padre.

La mención de su progenitor hizo que Kim bajara la guardia.

Entonces… ¿aquel tipo *era* el hombre que su padre había enviado como guardaespaldas? Su estupefacción había hecho que dejara de hacer fuerza, y la puerta se abrió, casi dejando caer a Zack.

–Diablos, qué manera de empezar el día –farfulló irguiéndose.

–Escuche, me da igual que lo haya enviado mi padre –le dijo Kim, cruzándose de brazos y mirándolo a los ojos–. No lo quiero aquí. No necesito un «perro guardián».

–A mí no me lo diga, yo sólo cumplo órdenes –contestó él, encogiéndose de hombros.

–Mire –gruñó Kim, tomando las gafas del cuello en uve de su camiseta y poniéndolas. Sólo las necesitaba para leer, pero inconscientemente solía ponérselas cuando quería mantener las distancias–, se lo diré muy clarito: no necesito su ayuda, así que, ¿por qué no se larga?

–Ojalá pudiera –farfulló él. Subió el último escalón, y avanzó sin miramientos haciéndola echarse a un lado, cuando entró en la casa.

–Oh, por favor, pase, no sea tímido –masculló Kim irritada, observando cómo escrutaba el pequeño vestíbulo.

La casa donde vivía era una pequeña vivienda de dos dormitorios. Cierto que las cañerías estaban en mal estado, que el cuarto de baño era minúsculo, la sala de estar y la cocina no mucho mayores, y que en el jardincito apenas podían darse diez pasos, pero era su casa, una casa que había decorado y reparado personalmente con el mayor mimo y esmero, y que no estaba dispuesta a compartir con aquel bestia, aunque fuera sólo algo temporal.

–Bonita casa –murmuró Zack.

–Gracias. Y ahora, si no le importa…

–Señorita –la interrumpió el SEAL cruzando los brazos sobre su impresionante tórax, y mirándola fijamente a los ojos–: le guste o no, estamos juntos en esto. Además, créame, para mí esto no son precisamente unas vacaciones, tener que hacer de niñera de una chiflada que se dedica a estudiar a los peces.

–¿Cómo me ha llamado? –inquirió Kim, irguiéndose y poniendo los brazos en jarras–. Soy doctora en biología marina.

–¿Y?

–Pues que prefiero ese término a «chiflada».

–Bueno, ya lo imagino –contestó él riéndose. La sonrisa se borró

de sus labios cuando advirtió que estaba verdaderamente molesta–. De acuerdo, lo siento: *doctora* Danforth, entonces.

Kim asintió con la cabeza.

–Sí, bien… –continuó Zack–. Como le decía, más le vale ir haciéndose a la idea, porque usted y yo vamos a ser amigos a partir de ahora.

La joven sintió que la ira volvía a apoderarse de ella.

–Yo no…

Zack dejó su petate en el suelo, y le dirigió una sonrisa paciente que probablemente reservaba a los tontos y los niños.

–Si no se va ahora mismo, yo… yo… llamaré a mi padre.

–Bien, dígale que mi viejo le manda saludos –contestó él–. Aunque no veo de qué le va a servir llamarlo cuando ha sido él quien me ha hecho venir.

La irritación de Kim iba en aumento.

–En ese caso llamaré a su comandante.

Zack pasó a la sala de estar y se dejó caer en un sofá, estirando las piernas delante de él, como quien se dispone a ponerse cómodo.

–Hágalo; le alegrará saber que por una vez he sido puntual.

Kim estaba perdiendo el control, lo sentía escurrírsele entre los dedos como una carpa escurridiza. Su superior no la escucharía, porque su padre ya se habría asegurado de convencerlo para que no lo hiciera.

Cerró la puerta resoplando, entró también a la sala de estar y se puso frente al SEAL mirándolo con odio.

–Llamaré a la policía. Lo arrestarán.

Por un instante, una chispa de esperanza pareció iluminar los ojos de Zack.

–¿Cree que lo harían? –inquirió. Pero rápidamente meneó la cabeza–. No, lo dudo. Olvídelo, encanto.

–No me llame «encanto» –masculló Kim, poniéndose tensa.

Zack volvió a ponerse las gafas de sol, recostó la cabeza en el brazo del sofá, y suspiró.

–De acuerdo, nada de llamarla «encanto». Apuntado.

–Esto no saldrá bien –farfulló Kim desesperada.

Bajándose un poco las gafas para mirarla, Zack le dirigió una sonrisa que le produjo un extraño cosquilleo en el estómago.

–Nena, soy un SEAL. Mi trabajo es hacer que las cosas salgan

bien.

Capítulo Dos

Mientras Kim caminaba arriba y abajo por la sala de estar con el teléfono inalámbrico en la mano, Zack la observó compadeciéndose de la persona del otro lado de la línea a quién estaba pegándole gritos.

–Me da igual que esté reunido –estaba diciendo–. Quiero hablar con mi padre; *ahora* –se quedó callada un instante–. De acuerdo, espero.

Zack no pudo evitar fijarse en el modo en que la turgencia de sus senos se marcaba bajo la camiseta azul celeste de cuello de pico que llevaba. Tampoco le pasó desapercibido el trozo de piel bronceada que quedaba expuesto entre el dobladillo de la camiseta y la cinturilla del pantalón de chándal gris claro que llevaba, y el brillo de su cabello negro, recogido en una coleta que le golpeaba la espalda a cada paso, lo tenía fascinado. Nunca hubiera pensado que una bióloga marina pudiera resultar atractiva.

–Dudo que lo consiga –le dijo.

Kim se volvió hacia él.

–¿El qué?

–Librarse de mí –respondió Zack. La joven frunció aún más el ceño, y entornó sus ojos verdes pardos. Diablos, cuanto más se enfadaba, más guapa se ponía–. Yo intenté por todos los medios negarme a este trabajo, pero no tenía elección.

–¿Se negó?

Zack se rió entre dientes.

–¿Cree que ésta es mi idea de pasarlo bien?

Pensativa, Kim tapó el micrófono del teléfono con la mano libre.

–¿Qué quiere decir con eso de que no tenía elección?

–Es una larga historia –farfulló él, entrelazando las manos sobre el estómago. No iba a ponerse a contarle sus repetidos desafíos a la autoridad de sus superiores. No era asunto suyo, y además, no quería pensar en ello, porque el hacerlo le recordaba que su equipo estaba disfrutando de un mes de permiso con todos los gastos

pagados, mientras que él estaba allí teniendo que aguantarla a ella–. Digamos simplemente que me advirtieron que, si me negaba a hacer este trabajo, me expulsarían del ejército, y no pienso permitir que eso ocurra. Me ha costado mucho llegar a donde estoy.

–Está bien –dijo Kim, tomando una decisión. Apretó un botón para colgar el teléfono, se cruzó de brazos y lo miró a los ojos–. Si no hay otra opción más que pasar por esto, creo que al menos deberíamos establecer unas normas.

Zack esbozó una sonrisa burlona. No pudo evitarlo. Los cristales de sus gafas metálicas brillaban con la luz del sol que entraba por la ventana, y sus labios estaban apretados en un gesto que ella debía creer que resultaba firme. Tenía las cejas enarcadas, y las gafas un poco caídas por el puente de su pequeña y recta nariz. No era exactamente la imagen intimidatoria que sin duda quería proyectar.

–Adelante, dispare.

–No me tiente.

Zack se rió.

–Diablos, creo que está empezando a caerme bien.

Kim frunció los labios y lo ignoró.

–Ésta es mi sugerencia: yo aceptaré que sea mi guardaespaldas durante el día… y por la noche se va a dormir a un hotel, una pensión, o donde sea.

–La idea resulta tentadora, pero no hay trato.

Kim, exasperada, lanzó los brazos al aire y los dejó caer.

–¿Por qué no?

–Porque… –comenzó él, incorporándose un poco en el sofá. Tumbado estaba demasiado cómodo, y con la resaca y la falta de sueño que tenía encima, podía quedarse dormido–… porque mis órdenes son que me pegue a usted como un sello a una carta durante un mes, y es lo que voy a hacer.

–Mire, como puede usted ver, esta casa es demasiado pequeña para dos personas, así que no…

–Bueno, sí, algo… pequeña sí que es –admitió él. Estando en combate había cavado hoyos de protección en los que había más espacio para maniobrar que allí.

–De hecho, aunque el tipo que me la vendió me dijo que tenía dos dormitorios, ni siquiera son dos, es uno que a algún inquilino anterior se le ocurrió dividir en dos con unas láminas de madera

contrachapada, y otro que uso de despacho.

–¿Y?

–¡Pues que no puede quedarse aquí a dormir!

–Dormiré aquí en el sofá.

–¡Tampoco quiero que duerma en mi sofá!

–Lo que quiera o deje de querer no cuenta.

–¿Cómo que no cuenta? –repitió ella estupefacta. Sus ojos relampagueaban de ira–. Ésta es *mi* casa.

–Y yo soy el guardaespaldas que su padre ha solicitado. Si tengo que protegerla, seré yo quien esté al mando.

Kim resopló y se quedó un buen rato en silencio con el ceño fruncido. Zack se preguntó si estaría considerando la posibilidad de capitular, pero se le antojó bastante improbable; parecía demasiado cabezota como para rendirse tan fácilmente. No se equivocaba.

–No me gusta aceptar órdenes de nadie.

Zack sonrió.

–A mí tampoco. Probablemente haríamos un buen equipo.

–Lo dudo mucho.

Zack tenía intención de mostrarse amable con ella, pero no entraba en sus planes dejar que una científica se le subiese a las barbas.

–Mire, doctora Danforth, a mí esto me gusta tan poco como a usted, pero eso no cambia el hecho de que estoy aquí porque se me ha encomendado una tarea, y de que voy a quedarme hasta que cumpla con ella o uno de mis superiores me dé contraórdenes para que me vaya.

Esa noche, a las once, una hora después de haberse acostado, Kim se deslizó de puntillas fuera de su dormitorio. Por suerte había arreglado el suelo de madera hacía seis meses, y ya no crujía bajo sus pies. Esforzándose por no respirar con fuerza, apretó las llaves de la casa en un puño para que no tintinearan, y una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. La idea de torear al SEAL a quien le habían encargado vigilar todos sus movimientos.

Al pasar por delante de la puerta cerrada de la otra habitación, que usaba como despacho, y esa noche había convertido en una habitación de invitados para el intruso, los latidos de su corazón se

dispararon, pero cuando dobló la esquina del pasillo que conducía a la sala de estar volvieron a su ritmo normal y suspiró aliviada. De pronto cayó en la cuenta que era la primera vez en su vida que hacía algo así.

En el internado privado donde había estudiado el bachillerato, algunas de sus compañeras salían a hurtadillas por la noche de sus dormitorios para irse a bailar, o para encontrarse con algún chico, pero ella jamás había hecho nada parecido. No, ella siempre había sido la «niña buena», la obediente, la respetuosa… la aburrida, concluyó irritada, frunciendo el ceño.

Guiándose por la tenue luz de la luna que se filtraba por las cortinas blancas de las ventanas de la sala de estar, Kim se dirigió a la puerta delantera. Giró el pestillo con el mayor cuidado posible, pero no pudo silenciar su chasquido metálico. Contrajo el rostro al oírlo, y contuvo el aliento, esperando. Al no escuchar ruido alguno en la habitación donde estaba durmiendo el SEAL, esbozó una sonrisa, y cerró los dedos en torno al picaporte de la puerta. Muy despacio lo empujó hacia abajo y tiró hacia dentro. Aunque el ruido que hizo la puerta al separarse del marco fue levísimo, en el silencio reinante a sus oídos se le antojó como un agudo chirrido, y volvió a contener el aliento, pero de nuevo pareció que su «huésped» no había oído nada.

Salió, empujó cuidadosamente la puerta, introdujo la llave en la cerradura, y volvió a cerrar. No podía dejar a su perro guardián desprotegido, pensó con una sonrisa socarrona. Satisfecha consigo misma, se dio la vuelta… para chocarse con un ancho tórax.

A Zack le rompió los tímpanos el chillido que dio la joven al chocarse con él, pero ella pareció recuperarse rápidamente del susto, porque le pegó un pisotón en el pie derecho con todas sus ganas, para a continuación propinarle un codazo en el diafragma, dejándolo sin aliento. Lo había pillado con la guardia baja, pero cuando fue a golpearlo de nuevo, la agarró por la muñeca.

–Maldita sea, doctora, ¡soy yo!

Kim, que estaba revolviéndose como un gato furioso, intentando liberar su mano, se quedó quieta al oír su voz. Alzó el rostro, y Zack vio que estaba jadeante y que tenía los ojos abiertos como platos.

–¡Usted! –exclamó en un grito ahogado.

–Sí, yo, así que haga el favor de calmarse, ¿quiere?

–¿Que me…? –repitió ella entre incrédula e indignada. Y, con la mano libre, le propinó un puñetazo en el estómago.

Sin embargo, Zack estaba preparado, había tensado los músculos y sintió cómo el golpe rebotaba contra su cuerpo.

–Vuelva a pegarme –masculló agarrándole la otra muñeca–, y puede que le devuelva el golpe, encanto.

–Atrévase –le espetó Kim, dándole una patada.

Zack contrajo el rostro dolorido. No debería haberla desafiado, pero estaba sacándolo de sus casillas.

–Está bien –dijo intentando ser paciente–, no le devolvería el golpe, porque jamás pegaría a una mujer, pero si sigue mostrándose tan insufrible, le juro que la ataré a una silla –añadió, soltándola.

Kim lo ignoró, y le preguntó frotándose la muñeca izquierda:

–¿Se puede saber qué diablos está haciendo aquí fuera? Me ha pegado un susto de muerte.

–No era mi intención. La oí levantarse, y me pregunté adónde iría a estas horas de la noche. Mi deber es protegerla. Así que a donde vaya usted, también voy yo.

–¿Me… me oyó? –repitió ella incrédula.

¿Que si la había oído? Zack reprimió una sonrisilla. El problema de aquella señorita era que no sabía con quién estaba jugando. Estaba entrenado para dormir con el oído atento y un ojo abierto. La había oído moverse por la casa, y había salido por la ventana para averiguar qué estaba tramando.

–Sí, la oí –contestó. Estaba empezando a darse cuenta de que hacer de niñera de Kimberley Danforth no iba a ser precisamente un paseo.

–Pues debe tener el oído de un murciélago –farfulló ella, bajando los escalones de la entrada sin mirarlo.

Zack bajó los escalones también, sin poder evitar fijarse en lo bien que le sentaban los vaqueros negros que llevaba. ¿Quién hubiera dicho que una científica pudiera tener un trasero tan bonito? Entonces reparó en que la cazadora que llevaba y la sudadera que tenía debajo también eran de color negro.

–¿El que se haya vestido como si fuera a robar… obedece a algún motivo?

–¡Me ha descubierto! –exclamó ella con sarcasmo–. Llevo una doble vida: de día soy bióloga marina, y de noche me cuelo en las casas del vecindario para robar.

–Y seguro que cuando se va les deja panfletos contra el consumo de atún porque su pesca mata a los delfines –dijo Zack.

Kim se detuvo y se volvió hacia él, sonriéndole con desprecio.

–No sabía que los SEAL tuvieran vena de comediantes.

–Ya ve, se aprende algo nuevo cada día.

–Estupendo. Pues ahora que la lección del día ha concluido, vuelva dentro a dormir y déjeme tranquila –dijo Kim echando a andar de nuevo.

–Lo siento, pero no puedo dejarla sola –respondió Zack, dándole alcance en dos zancadas con sus largas piernas y caminando junto a ella–. Adonde vaya usted, voy yo también.

Kim se paró en seco y lo miró furibunda.

–Me parece que no lo comprende –le dijo irritada–. No lo necesito, y no quiero que venga conmigo.

Zack escrutó en silencio su rostro. Su cremosa piel brillaba como la porcelana bajo la tenue luz del alumbrado de la calle. Sí, para ser una científica era mucho más bonita de lo que había esperado, como tampoco había esperado los latigazos verbales que propinaba cuando se enfadaba, ni que fuera tan obstinada. Y si a eso se le añadía un buen trasero y un par de senos pequeños y firmes que se moría por tomar en las palmas de sus manos, podía concluirse que era un *pack* de impresión.

–Mire, doctora –respondió Zack–, lo siento, pero usted no tiene voz ni voto en este asunto.

–Pero…

–Podemos quedarnos aquí plantados discutiendo –la cortó Zack, pasándole un brazo por los hombros y empezando a caminar, arrastrándola con él–, o seguir caminando hacia donde quiera que fuera. ¿qué prefiere?

Kim apartó el brazo de sus hombros.

–Yo puedo hablar y caminar al mismo tiempo. ¿Cree que puede *usted*?

–Estoy empezando a tomarle cariño, encanto.

Capítulo Tres

–Bueno, ¿adónde se supone que vamos? –inquirió Zack.

–Yo voy a la ribera del río –contestó Kim–. Usted no sé dónde va.

–Donde vaya usted, encanto. Imagínese que soy su sombra.

Kim le lanzó una mirada, y volvió la vista al frente.

–Las sombras no hablan.

–Si quiere que caminemos en silencio, por mí de acuerdo, aunque no veo qué sentido tendría –respondió Zack, encogiéndose de hombros–. Vamos a pasar un mes juntos le guste o no, así que deberíamos tratar de ser amigos.

¿Amigos? Él no era su amigo, se dijo Kim. No tenía muchos amigos, y desde luego ninguno que midiera casi dos metros, tuviera unos ojos tan increíbles como los de aquel SEAL, ni unas facciones tan atractivas. De hecho, lo cierto era que no tenía ningún amigo del género masculino.

De adolescente había estado perdidamente enamorada de un par de guaperas del instituto, pero ellos ni siquiera sabían que existía, y durante sus años de universidad había sido la estudiosa, la que siempre obtenía las puntuaciones más altas, la que los viernes por la noche, en vez de irse a la fiesta de alguna hermandad, se quedaba estudiando en la biblioteca. Y luego, cuando se licenció, se refugió en su trabajo, aislándose del mundo, de un mundo en el que no conseguía encajar. Se sentía afortunada de haber conseguido ese trabajo por sus méritos propios, sin tener que recurrir a los enchufes de su familia, y era un trabajo que la entusiasmaba, pero había días en que deseaba que hubiera algo más en su vida.

Y, aun así, su situación era mucho mejor que la de muchas mujeres que conocía, que iban ya por su tercer o cuarto marido, que luchaban en los juzgados por la custodia de sus hijos, o intentando mantener su figura con la esperanza de retener a sus esposos o encontrar otro hombre que las llevase al altar de nuevo. Y tampoco les envidiaba los divorcios, porque, a pesar de todo, seguía siendo

una tonta romántica que creía que el matrimonio era algo que debía durar para siempre… cosa que probablemente explicaba por qué seguía soltera.

–Mire, señor Sheridan… –comenzó intentando tener paciencia.

–Zack –la interrumpió él–. Y ya de paso creo que podríamos tutearnos. Al fin y al cabo vamos a pasar un mes juntos.

–Muy bien… Zack –admitió ella–. La cosa es como sigue: no hace falta que vengas conmigo a todas partes, no quiero tu compañía, y no quiero que seamos amigos. Así que, ¿por qué no vuelves a la casa y me esperas allí?

–¿Suele funcionarte?

–¿El qué?

–Ese tono de profesora dirigiéndose a uno de sus estudiantes –respondió él, esbozando una sonrisa burlona–. ¿Funciona con los hombres con los que sales?, ¿se someten y hacen lo que tú quieres?

–Yo no…

–¿No lo sabes?

–No salgo con hombres –corrigió ella.

–¿Nunca has salido con nadie?

Kim se detuvo y lo miró fijamente. El rostro de Zack estaba parcialmente oculto en las sombras, pero aun así pudo distinguir una sonrisa burlona en sus labios.

–Eso no es asunto tuyo.

–Llámalo curiosidad.

–Más bien lo llamaría «intrusismo».

–Oooh, qué palabra tan rimbombante.

–¿Necesitas un diccionario?

Zack prorrumpió en carcajadas, y su risa invadió como una cálida brisa a Kim, que se quedó mirándolo sorprendida. Normalmente su sarcasmo incomodaba a la gente, o incluso hacía que la temiesen, pero parecía que aquel SEAL era distinto.

–Tiene usted una lengua mordaz, doctora.

Kim se encogió de hombros.

–Soy impulsiva por naturaleza. Siempre digo lo primero que me pasa por la mente.

–Además de una sonrisa deslumbrante –continuó Zack, como si no estuviera escuchándola–, …cuando hace el esfuerzo de sonreír claro, y también unos labios aterciopelados y carnosos –extendió

una mano y pasó el pulgar por el labio inferior.

Kim echó la cabeza hacia atrás, apartándose de su mano, pero el cosquilleo que aquel contacto le había provocado no desapareció. Pasaba demasiado tiempo sola, se dijo, ése era el problema. Debería salir más, apuntarse a un equipo de bolos, tomar clases de baile, o algo así. Si no pasara tanto tiempo sola no estaría en ese momento reaccionando como una adolescente ante un hombre que sin duda debía ser de esos que dejaban a su paso un reguero de corazones rotos.

–No… no vuelvas a hacer eso, por favor –balbució, dándole la espalda y echando a andar de nuevo.

Al cabo de un rato alcanzó la ribera del río, se detuvo, y se levantó entonces una ligera brisa cargada de humedad que disipó, para su alivio, la sensación cálida y cosquilleante que la caricia de Zack le había dejado en los labios.

En algunas de las casas que habían pasado se veía todavía, a través de las cortinas, luz en alguna ventana. Cuando salía a dar sus paseos nocturnos se entretenía tratando de imaginar qué ocurriría tras aquellas cortinas, qué clase de gentes habitarían en aquellas viviendas. ¿Serían felices, o por el contrario desdichados?, ¿estarían discutiendo porque no había dinero para pagar las facturas y tenían que hacer malabarismos para llegar a fin de mes, o estarían planeando sus próximas vacaciones?

Solía decirse que no le importaba observar siempre desde fuera, pero, a veces, cuando escuchaba risas, o el llanto de un bebé, deseaba que hubiese alguien esperándola al regresar a casa, alguien con quien hablar, alguien a quien dormir abrazada, alguien por quien preocuparse…, alguien a quien amar.

–¿Haces esto a menudo? –inquirió de pronto Zack, que iba unos pasos por detrás de ella.

Kim casi se había olvidado de él.

–¿El qué? –inquirió, girando la cabeza.

–Pasear sola de noche –contestó Zack deteniéndose al llegar junto a ella.

–¿Y qué si lo hago? Ya soy mayorcita.

–Puede, pero una mujer que pasea sola de noche está buscándose problemas.

–¿Perdón? Sé cuidar muy bien de mí misma.

–No tienes que jurarlo –murmuró el SEAL–. Antes, cuando saliste de la casa y te chocaste conmigo, por un momento me pillaste con la guardia baja y casi me dejas K.O.

–Tengo cuatro hermanos, y cuando creces entre chicos aprendes una o dos cosillas –respondió Kim con una sonrisa de satisfacción.

Además del curso de autodefensa al que había asistido el año anterior, añadió para sus adentros. No era una inconsciente: sabía lo importante que era para una mujer saber defenderse, sobre todo si, como ella, vivía sola.

–Ya veo.

–¿Te convences ahora de que no necesito un guardaespaldas?

–No niego que sabes «una o dos cosillas», pero me concederás al menos que un SEAL sabe algo más que tú sobre defensa.

–Bueno, supongo que algo más sí… tres o cuatro cosillas –concedió ella burlona, arqueando una de las comisuras de los labios.

Y, dándole la espalda, echó a andar por el camino de tierra que discurría paralelo a la orilla del río, iluminado por farolas de hierro forjado.

Pasearon en silencio un buen rato, él unos pasos por detrás de ella, observándola pensativo. Se fijó en lo finas y delicadas que eran sus manos, pero también en lo estropeadas que estaban sus zapatillas de deporte, y en que a la cazadora le faltaba un botón en la manga y en que el bolsillo derecho estaba algo descosido. Era un verdadero contraste, pensó: una mujer que procedía de una familia con dinero para aburrir, pero que pasaba sus noches paseando sola por la ribera del río. ¿Por qué no estaba cenando en algún restaurante de lujo con algún tipo bien parecido, al frente de algún negocio, y con acciones en las empresas más importantes del país? ¿Por qué no estaba en una fiesta, con un vestido carísimo de un diseñador y una gargantilla de diamantes en el cuello? ¿Y por qué tenía que preocuparle a él lo que hiciese en su tiempo libre? Qué tontería; no le preocupaba en absoluto, trató de convencerse, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Kim se había detenido al borde del agua, con la brisa haciendo ondear los mechones de negro cabello que se habían soltado del recogido que se había hecho. Tenía la mirada perdida en las aguas oscuras del río, y cuando la oyó suspirar se sintió mal por estar

coartando su derecho a la intimidad. Diablos, a él tampoco le sentaría bien no poder tener libertad.

A unos metros de ella apareció una pareja paseando de la mano y deteniéndose de vez en cuando para intercambiar un beso, y Zack se encontró pensando en otras cosas que podía estar haciendo en vez de ejercer de niñera de una científica de cara bonita. Pero la pareja se alejó y volvieron a quedarse los dos solos en el silencio de la noche, roto sólo por el murmullo del agua corriendo.

Zack se acercó a Kim.

–¿Por qué te gusta venir aquí? –le preguntó.

Ella volvió la cara hacia él, y la mirada de sus ojos verdes se le antojó a Zack remota, como si acabara de volver al mundo real desde alguna tierra de ensueño y, de alguna manera, increíblemente seductora.

–Me gusta el agua.

–Bueno, supongo que tiene sentido, ya que eres bióloga marina –contestó Zack–. A mí también me gusta –añadió–: dame un océano y seré el hombre más feliz del mundo.

–Supongo que eso también tiene sentido, ya que perteneces a la Armada –dijo ella, volviendo el rostro hacia el agua.

Zack se rió.

–Supongo. Aunque hay algo que no me cuadra en tu caso: ¿qué hace una mujer que estudia la vida en los océanos… a la orilla de un río en plena noche?

Kim giró el rostro de nuevo hacia él, y Zack volvió a advertir esa mirada lejana y soñadora en sus ojos.

–El océano está a kilómetros de aquí –dijo–, y no me gusta conducir de noche.

–Pero no te importa caminar casi una hora para venir hasta aquí –replicó Zack. Había un buen recorrido entre su casa y aquel lugar.

Kim sonrió, y el SEAL sintió un cosquilleo en el estómago. Nunca hubiera pensado que pudiera sentirse atraído por una científica.

–Caminar es distinto –replicó ella, encogiéndose de hombros–. Me relaja. En cambio, cuando me pongo al volante me noto tensa todo el tiempo, teniendo que ir pendiente de la carretera. Hay tanto conductor temerario por ahí suelto…

–¿Haces esto a menudo? –inquirió Zack al cabo de un rato.

–Todas las noches.

–¿Todas las noches? –repitió él frunciendo los labios.

Kim asintió con la cabeza.

–Sí, eso he dicho. ¿Por qué?

–Las rutinas pueden ser peligrosas –respondió Zack–. Si alguien quisiera raptarte lo tendría extremadamente fácil. Le bastaría con observar tus movimientos tres o cuatro días para saber que vienes aquí cada noche a la misma hora, y que vienes sola.

Kim puso los ojos en blanco, resopló, y dejó caer los hombros.

–Por favor… –farfulló–. Nadie está observando mis movimientos.

–¿Cómo estás tan segura?

–Si alguien estuviera observándome lo sabría.

–Ya veo, además de doctora en biología marina tienes poderes psíquicos.

–Escucha, Zack –insistió ella–. Mi padre está preocupado por mi seguridad y ése es el motivo por el que te he dejado quedarte, pero mi vida no corre ningún peligro.

–No mientras yo esté aquí –reconvino él, arqueando una de las comisuras de sus labios.

Kim frunció el entrecejo.

–Soy una persona independiente; no me gusta que tengan que cuidar de mí.

–A mí tampoco me ha gustado nunca –le confesó él, extendiendo una mano para apartar un mechón de su rostro. Al retirar la mano le rozó el cuello sin querer, y la sintió estremecerse–. ¿Ves?, tenemos algo en común.

–Tal vez –concedió ella.

–Bueno, supongo que después de que empezáramos con tan mal pie, un «tal vez» no está mal –murmuró.

Dio un paso atrás, diciéndose que sería mejor mantener las distancias. Aquello era sólo trabajo, sólo un trabajo. Sin embargo, cuando la miró a los ojos, sintió que quería zambullirse en sus profundidades y perderse en ellos. Diablos, ¿qué le estaba pasando? En los próximos treinta días le haría falta algo más que un par de metros entre ellos para controlar su deseo.

Capítulo Cuatro

A la mañana siguiente, sin embargo, empezarían los problemas. El sol entraba ya por la ventana entreabierta, y a través de ella se oían voces de niños, el canto de los pájaros, y el ruido distante de un cortacésped. La vida en aquel barrio era de lo más normal, pero, como estaba empezando a comprobar Zack, la vida en la casa de Kimberley Danforth era cualquier cosa menos eso.

–¿Dónde está el beicon? –le preguntó inclinado frente a la nevera abierta.

–No tengo –contestó ella, echando un chorrito de miel en su infusión, y revolviéndola con una cucharilla.

–¿Y huevos? –inquirió él, en un tono esperanzado.

–Tampoco –respondió ella, añadiendo a continuación–, pero hay un cartón de sucedáneo de huevo en el estante de arriba.

Zack se irguió, y sosteniendo todavía la puerta de la nevera abierta, se volvió hacia ella espantado.

–¿Y no tendrás también un cartón de sucedáneo de sabor para acompañarlo?

Kim ignoró su sarcasmo.

–Si lo prefieres puedes hacer como yo, ponerte un par de tostadas de pan integral untadas con queso en crema bajo en calorías.

Zack se estremeció y cerró la nevera.

–¿*Eso* es lo que comes?

–Es sano.

–También es sana hierba que comen las vacas –replicó él–, y tan insípida como esas porquerías que compras.

Kim sonrió. Quizá si se sentía a disgusto, acabaría marchándose.

–No estás de muy buen humor por la mañana temprano, ¿eh?

Zack no contestó. Estaba paseando la mirada por la pequeña cocina, como buscando algo.

–¿Dónde tienes la cafetera? –inquirió.

–No tengo. No tomo café.

A Zack se le salían los ojos de las órbitas.

–¿No tomas café?

–Puedes hacerte una infusión si quieres.

–¿Tienes té?

–No, sólo hierbas.

–Por amor de Dios –masculló Zack incrédulo, atravesando la cocina para sentarse frente a ella en la mesita redonda–, ¿cómo puedes empezar el día sin algo que te ponga en marcha? Decididamente eres de otro planeta.

–Lo que hacen la cafeína y la teína es sobreexcitar el sistema nervioso –replicó ella–. Y además hacen daño al intestino.

–Seguro que tampoco bebes cerveza.

–¿Para desayunar? –inquirió ella burlona.

Zack movió la cabeza, frunció el entrecejo, y se recostó contra el respaldo de la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

–He de admitir que estoy impresionado. No creo que yo fuese capaz de sobrevivir comiendo lo que tú comes. Debes estar hecha de una pasta más dura que yo.

Las sensaciones que estaban invadiéndola en ese momento decían todo lo contrario, pensó Kim, notándose estremecer como una adolescente bajo su intensa mirada. De hecho, parecía estar derritiéndose como un cubito de hielo junto a la llama de una vela.

No sabía cómo podría resistir un mes entero viviendo bajo el mismo techo que él. La casa era demasiado pequeña, no podían moverse por ella sin encontrarse, e incluso cuando no estaban en la misma habitación, había cosas que le recordaban constantemente su presencia. Como por ejemplo haber estado barriendo ella el pasillo esa mañana, antes de desayunar, y escucharlo ducharse.

Podría haberse ido a la sala de estar, donde no habría oído apenas el ruido del agua, pero su mente había conjurando imágenes de Zack desnudo bajo el chorro de agua caliente de la ducha, rodeado de vapor, y se había quedado allí plantada, hipnotizada por fantasías nada inocentes.

Lo cual era ridículo, se dijo. Ni siquiera era su tipo. Bueno, lo cierto era que tampoco se había parado nunca a pensar si había algún tipo de hombre concreto que le gustase. La mayoría de los hombres solían pasar por delante de ella como si ni siquiera existiese. Y si se paraban a hablar con ella era únicamente porque

habían descubierto que su apellido era Danforth. No la veían a ella, sólo un nombre importante y una cuenta bancaria con muchos ceros.

Frunciendo el entrecejo, apartó esos pensamientos de su mente y levantó la taza para dar otro sorbo a la infusión. Por encima del borde de la pieza de porcelana observó a Zack, que estaba tamborileando los dedos sobre la mesa.

Le recordaba a un tigre enjaulado. La energía que exudaba parecía vibrar con una necesidad acuciante de salir de aquellas cuatro paredes.

–Estoy dispuesto a aguantarme muchas cosas –dijo de pronto, como si hubiera tomado una determinación–, pero necesito café por las mañanas.

–Hay una cafetería de la cadena D&D a un par de manzanas de aquí –respondió Kim.

–Gracias a Dios –murmuró él, y se quedó mirándola pensativo–. D&D… ¿no pertenece esa cadena a tu familia?

«Ya está», pensó Kim, «ahora empezará a hacer cálculos mentales, a considerar si lo que valgo le compensaría el tomarse la molestia de intentar embaucarme». Lo vería en sus ojos, como le ocurría con todos los hombres. Hubo un prolongado silencio, y Kim apretó los dedos en torno a la taza de porcelana.

–Tiene gracia –comentó finalmente Zack–: tenéis una cadena de cafeterías, y tú no tomas café.

–En realidad yo no tengo nada que ver con el negocio. Lo llevan uno de mis hermanos y un primo mío.

–¿Y no vas nunca? No sé, con eso de que sois familia podían hacerte un descuento o algo.

–Sólo conozco la primera que abrieron, porque nos invitaron a todos a la inauguración.

–¿En serio? Si mi familia tuviera una cafetería les costaría horrores echarme de allí. Soy adicto al café y las tortitas con nata – murmuró él.

Se puso de pie, salió de la cocina, y volvió al rato con una cazadora puesta y la billetera en la mano. Mientras se abrochaba, Kim lo miró de hito en hito. ¿No iba a decir nada?, ¿no iba a hacer algún chiste sobre el hecho de que era rica?, ¿no iba a picarla con una propuesta de matrimonio?, ¿no iba a pedirle medio en broma

que le pagase un viaje al Caribe?

–¿Es eso todo lo que vas a decir? –inquirió.

–¿Qué esperabas que dijera? –preguntó Zack a su vez, alzando la vista contrariado.

Kim se subió las gafas y lo miró a los ojos. Para su sorpresa, no vio en ellos ni siquiera un destello de avaricia.

–No lo sé –murmuró–. Es sólo que los hombres a los que he conocido hasta ahora siempre quieren saber cómo soy de rica.

Zack se encogió de hombros.

–No es asunto mío –respondió.

–Cierto –reconvino ella–, como tampoco lo era de ninguno de esos hombres, pero eso a ellos no los cortó a la hora de preguntar.

–El dinero no significa nada para mí –contestó Zack–. Si me importara, no habría ingresado en la Armada. Lo que nos pagan al mes es una miseria, créeme.

Kim no sabía qué decir. Había sido injusta juzgándolo por el mismo rasero que a los demás hombres a los que había conocido cuando apenas sabía nada de él.

–Voy a ir a comprarme un café y unos donuts. ¿Quieres que te traiga algo?

Kim tardó un rato en reaccionar.

–No, no gracias.

–Bueno. Pues ahora te veo. No abras a nadie en mi ausencia, ¿de acuerdo?

Kim asintió, lo siguió con la mirada mientras salía de la cocina, y al cabo de unos instantes oyó la puerta de la entrada abrirse y cerrarse.

Después de disfrutar de su café y sus donuts como si fueran los manjares más exquisitos del mundo, Zack se pasó el resto del día instalando nuevos cierres en la puerta delantera, la trasera y las ventanas. Naturalmente Kim se había opuesto, pero él le había recordado que su deber era asegurar su seguridad personal.

Y era exactamente lo que iba a hacer. Él no había querido aquella misión, y Kim no lo quería allí, pero las órdenes estaban por encima de todo, y estaba dispuesto a dar lo mejor de sí como hacía en cada misión.

Los nuevos cierres de seguridad de las ventanas no detendrían a quien intentase entrar por la fuerza, pero sin duda le harían la tarea más difícil. El cerrojo de la puerta principal y la trasera que había puesto, sin embargo, eran bastante más resistentes, pero aun así no era suficiente, se dijo recorriendo el perímetro de la pequeña casa.

Observó irritado los cristales de las ventanas, que reflejaban el sol del atardecer. Eran muy bonitos, sin duda, pero a cualquiera le bastaría con darles un ladrillazo para entrar. Si al señor Danforth realmente le preocupaba la seguridad de su hija, no debería permitir que continuara allí. Tendría que llevarla a algún lugar apartado y con medidas de seguridad apropiadas.

Claro que nadie le había pedido su opinión, y aportaría la cabeza a que Kim no dejaría que la sacaran de su casa ni a rastras. Era la mujer más cabezota que había conocido en su vida, se dijo, …aunque también una de las más hermosas.

«Diablos», pensó irritado, entrando de nuevo en el jardín trasero, «si estoy empezando a fantasear con científicas, es que llevo demasiado tiempo en dique seco». Sí, ése era el problema. No había estado con una mujer desde hacía casi dos meses. Demonios, no le extrañaba que la doctora Danforth le pareciese una diosa.

Además, la noche antes de dirigirse allí, la noche que había salido de juerga con Hula, lo único que habían hecho era beber y bailar. Tendría que haber aprovechado mejor el tiempo. Y aquella pelirroja había parecido más que dispuesta, pero al final él no se había decidido porque no estaba de humor. Si no hubiera dejado pasar la ocasión, en ese momento no tendría las hormonas revolucionadas.

Era la única explicación que había encontrado a por qué no podía apartar los ojos de Kim, o por qué de repente le parecía sexy verla con las gafas caídas en la punta de la nariz.

Todavía refunfuñando para sus adentros, Zack se detuvo frente uno de los parterres. Estaban en el mes de febrero, así que aún hacía demasiado frío y estaban vacíos, pero no pudo evitar preguntarse qué clase de flores tendría por costumbre plantar allí. Aunque probablemente tendría bulbos que florecieran de año en año. Se imaginó un pequeño ejército de tulipanes, todos alineados en perfecto orden, erguidos. Sí, aquello le pegaba. Seguro que si escarbara un poco se encontraría los bulbos bajo la tierra desnuda.

Kimberley Danforth era tan metódica y organizada que incluso los contenidos de su frigorífico estaban perfectamente divididos en grupos de alimentos, ninguno de los cuales resultaba apetitoso en lo más mínimo.

–¿Quién es usted?

Zack se giró sobre los talones, y se encontró con que había una mujer observándolo por encima de la valla de madera con los ojos entornados. Tenía el cabello casi blanco, el rostro surcado por profundas arrugas, y sus manos, enfundadas en guantes de jardín, estaban apoyadas sobre la valla.

–Zack Sheridan, señora –contestó él, acercándose y tendiéndole la mano–. Soy… un amigo de Kim. Estoy pasando unas semanas con ella.

La mujer se quitó un guante y le estrechó la mano.

–¿Un amigo, dice?

–Sí, señora.

No iba a decirle a alguien a quien no conocía que era su guardaespaldas. Seguramente sólo sería una vecina entrometida, pero no convenía dar demasiada información.

–Bueno, le vendrá bien un poco de compañía desde luego –dijo la mujer asintiendo con la cabeza–. Llámeme Edna, hijo. Me alegra ver que Kim tiene a un «amigo» con ella. Pasa demasiado tiempo sola, y la soledad no es buena. Empiezas a hablar contigo misma, ¿y dónde acabas?

–Pues…

–Encerrada en un manicomio, ahí es donde acabas –se respondió ella misma sin darle tiempo a contestar–. Si la gente te ve hablando sola te miran raro. Y si eres una vieja como yo no importa, porque se supone que los viejos estamos llenos de rarezas, y la gente lo ve como algo normal, ¿sabe?

–Sí, señora.

–Pero la gente joven tiene que salir de vez en cuando, ir a bailar… Siempre estoy diciéndole a Kim que debería buscarse un hombre atractivo, que tendría que aprender a divertirse un poco… y parece que finalmente me ha escuchado –añadió mirándolo de arriba abajo–. Asegúrese de que lo pase bien, ¿me entiende? Es una buena chica, y se merece algo más que pasarse el día entre esas cuatro paredes.

–Estoy totalmente de acuerdo con usted.

–Bien. Bueno, tengo que dejarlo. Estoy limpiando los parterres –lo informó, volviéndose a ponerse el guante–. Ya estamos casi en primavera y no puedo dejarlo para el último minuto.

–No, no, por supuesto.

Cuando se hubo marchado, Zack se rió entre dientes y se dirigió hacia la puerta trasera, pero apenas había dado dos pasos cuando recordó lo que había dicho la mujer. Así que Kim pasaba demasiado tiempo sola, y no tenía apenas visitas, ni salía… ¿Por qué?

Se detuvo al llegar al porche, miró a través del cristal de la puerta, y vio a Kim sentada todavía en su mesa, que había colocado en la sala de estar, trabajando en sus investigaciones. Apenas se había movido de allí en todo el día. No hacía más que consultar libros, repasar papeles, e ignorarlo, excepto por las miradas de irritación que le había lanzado mientras instalaba los nuevos cierres, diciéndole que estaba haciendo mucho ruido y no la dejaba concentrarse. ¿Por qué una mujer tan bonita como ella preferiría los peces a las personas?

Cuando sonó el teléfono una horas después, fue Kim quien lo contestó.

–¿Diga?

–Hola, Kim.

–¡Reid! –exclamó ella, soltando el bolígrafo y recostándose en su silla–. ¡Qué sorpresa!

Sólo el oír la cálida voz de su hermano hizo que se relajase un poco. De repente se dio cuenta de que se le había ido el día, y de que llevaba horas inclinada sobre su mesa de trabajo. Le dolía la espalda, y le escocían los ojos.

Quitándose las gafas, las dejó a un lado, y se frotó los ojos con las yemas de los dedos. No era sólo el trabajo lo que la había cansado. El tener a Zack entrando y saliendo todo el día la había puesto en vilo. Incluso en los momentos en que había intentado no hacer ruido había sido incapaz de ignorarlo. Sentía su presencia en la sala de estar, con ella, y no había hallado la manera de concentrarse. De hecho, apenas había avanzado nada.

–¿Cómo estás, Kim? –le preguntó su hermano.

Kim esbozó una sonrisa. Reid, el segundo en edad de sus hermanos, era callado, e igual de responsable que ella. Sin embargo, había cambiado sorprendentemente a ese respecto desde que se enamorara de Tina.

–No estoy mal –respondió–. ¿Y tú?, ¿cómo te sientes ahora que te has prometido?

–Bien, bien.

Por aquella lacónica respuesta Kim supo al instante que había algún problema. En las últimas semanas Reid había estado más hablador que nunca, ansioso por hacerle saber a todo el mundo lo feliz que era con Tina, y no era un hombre que se preocupase por lo más mínimo, por lo que, al advertir la tirantez en su tono, Kim se preparó para recibir malas noticias.

–¿Qué ha ocurrido, Reid?

–Papá ha recibido otra amenaza por correo electrónico.

El estómago de Kim dio un vuelco.

–¿Como la última?

–Muy parecida.

Los dedos de Kim apretaron el teléfono de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Por qué estaba ocurriendo aquello? Por culpa de aquellas amenazas la vida de su familia se había vuelto patas arriba, y era como si ya nada fuese a ser jamás lo mismo.

Zack entró en la habitación en ese momento. Como si estuviesen conectados, aunque Kim no lo oyó, de algún modo lo sintió. Inspirando profundamente, se giró hacia él. Zack la miró a los ojos interrogante, pero Kim todavía no tenía respuesta para su pregunta. Aún tenía que oír el resto. El primer mensaje amenazante que su padre había recibido había sido escueto y directo: «He estado vigilándote».

Sólo esas tres palabras, pero había sido suficiente para poner en jaque a toda su familia. La policía seguía investigando, pero no era fácil rastrear la procedencia de un mensaje de correo electrónico. La tecnología podía hacerle a uno la vida más sencilla, pero también daba a los acosadores más libertad para maniobrar.

–¿Qué es lo que dice este mensaje? –inquirió.

Reid suspiró.

–«Vas a sufrir». Y la firma es la misma: Lady Savannah.

A Kim se le erizó el vello de la nuca, y un escalofrío le recorrió

la espalda. La primera amenaza había sido bastante difusa; incluso podía sonar a broma pesada, pero aquella segunda era ciertamente más definida. Suspiró, y siguió a Zack con la mirada mientras éste rodeaba la mesa para sentarse a su lado.

Aunque no lo admitiría en voz alta, Kim no pudo evitar pensar en lo reconfortante que era tenerlo en ese momento a su lado. Si hubiera estado sola, al llegar la noche habría estado muerta de miedo, tapada hasta la cabeza.

–¿Cómo se lo ha tomado papá? –inquirió.

Reid se rió con ironía.

–Como te puedes imaginar. Si pudiera, se encargaría él mismo de llevar a cabo la investigación. Está frustrado, enfadado…

–¿Y asustado?

–No tanto por él como por ti –contestó Reid con un suspiro.

–No tiene por qué estarlo –replicó Kim, tomando su bolígrafo y garabateando con él en el papel que tenía frente a sí.

Zack le arrancó el bolígrafo de los nerviosos dedos, y cerró su mano sobre la de ella. Kim no intentó soltarse. Ni siquiera se preguntó si aquello era buena idea o no, sino que, simplemente, agradeció la calidez de su mano.

Reid suspiró de nuevo, y Kim advirtió el cansancio en su voz cuando contestó.

–No empecemos otra vez a discutir eso, ¿quieres?

–Lo siento, tienes razón. No pretendía discutir.

–Papá sólo quería que me asegurara de que estabas bien. ¿Está el guardaespaldas ahí contigo?

–Sí, está aquí, a mi lado –respondió ella.

Sí, allí estaba Zack, sosteniendo su mano, alejando de su mente cualquier temor, haciéndole pensar cosas que no debería pensar, haciéndole sentir cosas que podían poner en peligro no su vida, pero sí su corazón.

Reid, sin embargo, nada sabía del torbellino de emociones que estaban invadiendo a su hermana en ese momento.

–Bien –dijo–, así al menos por esa parte papá estará más tranquilo.

Kim asintió quedamente, y escuchó a su hermano en silencio mientras éste le hablaba de las medidas de seguridad que estaban tomando en la mansión de Crofthaven, la residencia familiar. Sin

embargo, sus palabras hicieron que su mente conjurara una imagen de la casa encogiéndose, de unos gruesos barrotes rodeándola y dejando al resto del mundo fuera. ¿Hasta cuándo tendrían que seguir así? ¿Acaso no podrían volver a bajar la guardia jamás?

Como si supiera que lo necesitaba, Zack le apretó suavemente la mano.

–Déjame hablar con él un momento, Kim –le pidió Reid.

–Mi hermano quiere hablar contigo –le dijo Kim a Zack, tendiéndole el teléfono.

Al ir a tomarlo él soltó su mano, haciendo que echara a faltar al instante no sólo la sensación de calidez y protección, sino también de conexión entre ellos.

Se puso de pie y fue a la cocina, se dirigió a la ventana y miró fuera. Había establecido allí su hogar y estaba viviendo su vida como siempre la había querido vivir: no había renunciado a sus orígenes, pero no dependía del dinero de su familia, y allí no era la hija de Abraham Danforth, era un miembro más de la vecindad. Había trabajado muy duramente para conseguir su título universitario, conseguir ese puesto como investigadora externa en el instituto oceanográfico de Georgia, y ganarse el respeto de sus colegas, y de pronto su vida se veía descolocada por un perturbado que estaba enviado amenazas a su padre.

Quería que aquello parase. Quería que su vida volviese a ser tan tranquila como había sido hasta hacía sólo un par de días. Estaba tan metida en sus pensamientos, que no advirtió que Zack había entrado en la cocina hasta que llegó detrás de ella.

–Tu hermano está preocupado por ti –murmuró.

–Todos están preocupados por mí –dijo ella, sin apartar la vista del roble que se alzaba en el jardín.

Los rayos del sol del atardecer teñían de oro y carmín el cielo, difuminándose en tonos naranjas y rosas. En el patio de la casa de los Johnson se oía a los chiquillos jugando al baloncesto, y el ruido de una radio salía por la ventana abierta de alguna otra vivienda.

–Pues no tienen por qué estarlo.

Kim se volvió hacia él, sus ojos se encontraron, y por un instante deseó que le tomara la mano, como había hecho antes en la sala de estar. Aquello era una locura, se dijo cerrando los dedos y clavándose las uñas en la palma, como si con ello fuera a

desvanecerse el cosquilleo que ese recuerdo le había provocado. Se preguntó si cuando el mes hubiera pasado, si cuando Zack se hubiese marchado, las cosas volverían a ser jamás como antes, o se pasaría el resto de su vida lamentando no haberse dejado guiar por su corazón. La preocupación y la frustración luchaban dentro de ella.

–Sólo quiero que todo esto acabe –musitó, encogiendo un hombro–. Supongo que eso me convierte en una cobarde.

Zack apoyó la cadera en el mueble del fregadero y la miró pensativo. Extendió la mano, y apartó un mechón de su rostro, remetiéndoselo por detrás de la oreja y haciéndola estremecer con ese leve contacto.

–No eres una cobarde –le dijo sonriendo–. Ni siquiera querías un guardaespaldas, ¿lo recuerdas?

Una de las comisuras de los labios de la joven se arqueó hacia arriba.

–Pero ahora lo tengo.

–Exacto, cariño –respondió él, y su sonrisa adoptó un matiz que denotaba la confianza que tenía en sí mismo–. Y mientras yo esté aquí, tú tampoco tienes por qué preocuparte.

Capítulo Cinco

La última amenaza contra su padre había afectado a Kim, quisiera admitirlo o no. Estaba ojerosa por no dormir bien, los más mínimos ruidos la sobresaltaban, y cuando iban a pasear de noche no hacía más que lanzar miradas nerviosas detrás de ellos todo el tiempo.

Zack, por su parte, tampoco estaba muy tranquilo. Por primera vez en muchos años no estaba seguro de qué era lo que debía hacer. Normalmente no dudaba. Le marcaban un objetivo, y hacía lo que tuviera que hacer para cumplirlo, pero en esa ocasión su enemigo era nebuloso, se escondía en las sombras, empleando el miedo como arma. Se sentía impotente, y no le gustaba nada esa sensación.

Sin embargo, no podía menos de admirar la manera en que Kim estaba llevando la situación. No se había rendido al temor, sino que lo había superado continuando con su vida como si nada pasara. Insistía en seguir saliendo a la compra, a comprar el periódico, a sus paseos nocturnos…, negándose a sus sugerencias de que se quedase en casa.

También le había sugerido llevarla a otro lugar, a un lugar seguro donde quien estaba amenazando a su padre no pudiera encontrarla, pero ella también se había negado a eso. Le había dejado muy claro que no iba a dejar su casa por causa de un perturbado, y no tenía ganas de empezar a discutir otra vez con ella.

«¿Cómo se supone que puedo protegerla de algo que no puedo ver, que no puedo golpear, que no puedo detener?», se preguntó, sacando una taza del aparador.

Para un hombre acostumbrado a la acción no había nada más frustrante que aquella situación de continua alerta sin saber cuándo o por dónde podía aparecer el enemigo. Además, cuanto más tiempo pasaban atrapados en la pequeña casa, más loco lo volvía Kim. No era sólo la preocupación por su seguridad lo que lo tenía en un frágil equilibrio entre la cordura y la locura, era ella misma.

Zack gruñó irritado, se sirvió una taza de café recién hecho de la cafetera que había comprado, y miró fuera por la ventana de la cocina. El viento había arrastrado una masa de nubes grises desde el océano, que se cernían sobre la pequeña ciudad de Savannah como una fría manta de acero, y sacudía de cuando en cuando las copas de los árboles en medio del retumbar de truenos en la lejanía.

Zack tomó un sorbo del humeante y negro café mientras se decía que el tiempo no podía ir más acorde con su estado de ánimo. Diablos, Kim lo estaba empujando a un punto sin retorno, y lo peor era que lo estaba haciendo sin siquiera darse cuenta.

Cada noche, cuando se tumbaba en la incómoda cama plegable que Kim le había puesto en la habitación que antes había sido su despacho, y yacía en ella despierto, escuchando los ruidos que hacía la joven hasta que se quedaba por fin dormida. Los muelles de su maldito colchón chirriaban cada que se daba la vuelta, y Zack no podía evitar empezar a imaginarla allí echada, preguntándose si tendría puesto un pijama de algodón, o quizá un camisón de seda, o quizá… quizá no tuviera puesto nada de nada.

La pared que dividía las dos habitaciones era tan fina que podía oír incluso su respiración y el frufrú de sus sábanas. Dios, todo aquello lo hacía desear levantarse, entrar sin previo aviso en su dormitorio, y hacer que los muelles de su cama chirriaran aún más.

Apenas había dormido cuatro o cinco horas en las dos últimas noches, pero no era tanto eso lo que lo tenía de un humor de perros, sino más bien el que a ella no pareciese afectarle en nada su presencia.

Era mala suerte desde luego que de todas las mujeres que había en el mundo, tuviese que sentir una atracción como aquella precisamente por una a la que había sido asignado como guardaespaldas, y que, era la primera vez que le pasaba, no quería nada con él.

Y quizá fuera lo mejor, añadió para sus adentros, tomando otro sorbo de café, y contrayendo el rostro al quemarse la lengua. Kimberley Danforth no se parecía en nada a la clase de mujeres con las que solía salir. No, era de esas mujeres que parecían tener escrita en la frente la palabra «compromiso», y él prefería las relaciones sin ataduras, sin planes de futuro.

Tres años atrás había caído en las redes del amor, y le había

propuesto matrimonio a la chica en cuestión… sólo para ver su corazón hecho añicos cuando ella le dijo que no. Le había contestado que le había resultado excitante tener un romance con un SEAL de la Armada, pero que si quería formar una familia no podía conformarse con la paga tan escasa que él tenía, y que no quería un marido que no estuviera apenas en casa.

Y, lo peor de todo, era que una vez se hubo disipado el dolor que le había producido aquel rechazo, Zack se dio cuenta de que no podía culparla por su negativa. Por eso, después de aquello había decidido que lo mejor sería evitar a las mujeres que buscasen algo estable. Las relaciones de una noche o un par de semanas eran menos dañinas para el corazón. No tenía intención de renunciar a su profesión, y además, sabía por compañeros lo difícil que era hacer que durara un matrimonio en esas condiciones. Las esposas de los SEAL tenían que aprender a vivir con la constante preocupación por las vidas de sus maridos mientras aguardaban su regreso cada vez que los enviaban a una misión, y obligarle a una mujer a pasar por aquello le parecía injusto.

«No hay nada para ti aquí, amigo», se dijo enfocando la vista en su reflejo en el cristal de la ventana, «de modo que céntrate en el trabajo. Sólo te quedan tres semanas de esta misión. Diablos, puedes aguantar tres semanas».

¿Qué eran tres semanas haciendo de guardaespaldas de Kimberley Danforth comparadas con el duro entrenamiento que había tenido que pasar para convertirse en un SEAL? Incluso se había graduado con las mejores calificaciones de su promoción. Y luego, en las misiones que había tenido que cumplir, también había hecho cosas muchísimo más difíciles que aquello, como bucear en aguas infestadas de tiburones, atravesar campos de minas… demonios, incluso había sobrevivido cuatro días en el desierto con poco más de un litro de agua y un GPS. Si había hecho esas cosas, bien podía sobrevivir tres semanas bajo el mismo techo que Kimberley Danforth.

Se giró, dándole la espalda a la ventana, y su vista se posó en la cafetera que había comprado dos días atrás, sobre la reluciente encimera, al lado de la batidora. Mientras Kim se preparaba batidos repugnantes, con zanahorias, apio, y cualquier otra cosa que tuviese a mano, él disfrutaba del intenso aroma del café inundando la

pequeña cocina. Y cuando se sentaban a la mesa, ella tomaba yogur natural y tostadas de pan integral con queso bajo en calorías, y él huevos revueltos con beicon y tortitas con sirope.

–Completamente opuestos –murmuró moviendo la cabeza. ¿Cómo podía sentirse tan atraído por ella cuando eran completamente opuestos?

–Dicen que hablar sólo es el primer signo de demencia.

La voz de Kim lo devolvió a la realidad.

–¿Ya estás otra vez con tus palabras rebuscadas? –la picó, apartándose de la ventana. Menos mal que no podía leerle mente.

Kim esbozó una sonrisa, y Zack tardó un instante en recobrar el habla.

–Bueno, ¿y qué vamos a hacer hoy? –inquirió.

–Quiero ir en coche a Tybee Island para tomar unas fotos.

–¿De qué?

–Del océano, de los macizos de quelpo…, de lo que sea.

–¿Es para ese proyecto de investigación que estás haciendo?

–No –respondió ella, recogiéndose el largo cabello negro en una coleta y sujetándolo con una goma–, quiero ir allí porque me apetece.

–No creo que sea una buena idea –dijo Zack.

Kim dejó caer las manos a los lados y las apretó al tiempo que ponía los ojos en blanco y resoplaba irritada.

–Necesito salir y que me dé el aire, Zack.

–No hemos dejado los paseos nocturnos –apuntó él.

En realidad también se había planteado decirle que deberían reducirlos a un par de veces por semana, pero estaba seguro de que si se lo decía en ese momento pondría el grito en el cielo.

–Sí, y si por ti fuera, no saldría más que de noche, como si fuera un vampiro –le recordó ella–. Y me parece que tú también deberías admitir que este encierro obligado te está poniendo de los nervios.

–Bueno, desde luego hay momentos en que estas paredes resultan un poco asfixiantes –confesó él.

Sin embargo, por nada del mundo le diría que ella era el auténtico motivo por el que estaba como estaba. Diablos, en el fondo no tenía nada que ver con la casa: si en ese momento estuviesen a bordo de un portaaviones, igualmente le parecería que faltaba espacio.

–Pues vamos –dijo Kim.

–Va a llover.

–¿Y qué? Sólo es un poco de agua.

Zack la miró largamente. Mientras que la mayoría de las mujeres a las que conocía eran incapaces de salir a la calle sin una gruesa capa de maquillaje, Kim ni se había mirado en el espejo para ver si tenía bien el pelo. No llevaba siquiera colorete, pero tampoco le hacía falta, porque su piel tenía un tono cremoso, como la de un melocotón.

–Está bien, vamos entonces.

–Estupendo –dijo ella con una sonrisa de triunfo–. Espera un momento, vuelvo enseguida.

Salió de la cocina y volvió al cabo de un rato con una mochila que le arrojó. Él la agarró al vuelo, pero se tambaleó un poco porque no había esperado que pesase tanto.

–¿Qué demonios llevas aquí?

Kim esbozó una sonrisa maliciosa.

–¿Necesitas ayuda?

–No digas bobadas –replicó él, echándose la mochila al hombro y saliendo de la cocina en dirección al vestíbulo–. He llevado mochilas con el doble de peso a través de junglas tan densas que no ves más allá de tus narices, y no puedes dar un paso sin que se te enrede el pie en alguna raíz.

–Junglas, ¿eh? –repitió Kim siguiéndolo–. ¿Fue en una jungla donde cumpliste tu última misión? Antes de venir aquí, quiero decir.

–No –respondió Zack. Sacó del armario del vestíbulo su cazadora y le tendió a ella su chubasquero. Sólo había habido colinas, bosques, ríos, y fuego de ametralladora.

–¿No puedes decirme dónde estuviste? –insistió ella, poniéndose el chubasquero al tiempo que él se metía también la cazadora.

–Podría –respondió él. Abrió la puerta principal y salieron los dos–. Pero, si lo hiciera, después tendría que pegarte un tiro, y eres demasiado bonita para morir sólo por ser curiosa.

Kim se tensó visiblemente y le dio la espalda.

–¿Qué… qué ocurre? –inquirió Zack contrariado.

–No vuelvas a hacer eso, por favor.

–¿El qué? –preguntó él, frunciendo el ceño.

La oyó inspirar, y soltar el aliento irritada.

–Decirme que soy bonita.

En ese momento se levantó un viento frío, que hizo que se liberaran algunos cabellos de la coleta de Kim. La joven los apartó con un gesto impaciente de la mano. En la distancia se oyó el retumbar de un trueno, que pareció recorrer toda la bóveda del cielo.

–¿Por qué no? –inquirió Zack.

–Porque no lo soy –contestó ella, alzando la barbilla y mirándolo a los ojos–, y porque preferiría no tener que escuchar esa clase de galanterías baratas que seguro que usas con todas las mujeres que se cruzan en tu camino.

Estupendo, pensó Zack, sin pretenderlo, había conseguido ofenderla. Las cosas iban de mal en peor.

Tuvo la impresión de que iban a acabar discutiendo, pero quizá fuera lo que necesitaban, para descargar un poco de adrenalina.

Se quitó la mochila del hombro con un suspiro, y la dejó caer al suelo.

–No voy diciéndole eso a todas las mujeres a las que me encuentro.

–Seguro –farfulló ella. Puso los brazos en jarras, ladeó la cabeza, y lo miró irritada–: «eres demasiado bonita para morir» –lo remedó con una carcajada seca de incredulidad–. ¡Por amor de Dios! Me has recordado a esos tipos que te preguntan cuáles son tus *hobbies* o que te dicen que su mujer no los entiende. Claro que puede que tú ni siquiera te des cuenta cuando lo haces, ¿no es verdad? Supongo que será algo inconsciente.

–¿Qué, es que estoy aquí de pie sonámbulo o algo así? –le espetó Zack, soltando una risotada sarcástica.

–No me refería a eso.

Zack la miró fijamente.

–Pues entonces háblame sin rodeos. Normalmente sueles hacerlo.

–Bien –asintió ella–. Pues, para empezar, tengo un nombre, ¿sabes?, y es Kim, K-i-m.

Zack entornó los ojos.

–Vaya, ese nombre me suena de algo…

–¿De veras? –respondió ella en el mismo tono irónico, enarcando

las cejas–. Yo creía que no sabías cómo me llamaba.

–¿Y eso por qué? –preguntó Zack sin poder apartar la vista de ella.

Por una parte habría sido «peligroso» que la hubiese apartado, porque se la veía tan enfadada que parecía que fuera a arrancarle la cabeza; y por otra, sencillamente no podía apartar la vista porque aun hecha una furia estaba increíblemente preciosa, y se había quedado como hipnotizado.

De sus ojos saltaban chispas, y el fuego que ardía en ellos los hacía relucir como esmeraldas bajo un foco de luz. Casi estaba temblando de ira. ¿Qué diablos había dicho para enfadarla de aquel modo? Hacía un instante había sido toda sonrisas, hablando del océano, y en el instante siguiente estaba tirándosele a la yugular y pegándole coces con la mirada.

–Porque nunca usas mi nombre –respondió ella.

Cambió el peso de un pie a otro, y cruzó los brazos bajo el pecho, y Zack, que era un hombre después de todo, no pudo evitar que los ojos se le fuesen en esa dirección. Kim lo advirtió, y bufó despectivamente.

–Para ti las mujeres somos intercambiables, ¿no?

–¿*Qué*? ¿A qué diablos ha venido eso? –exigió saber él, indignado.

–Para los hombres como tú es como si fuéramos uno de esos autoservicios donde puedes comer todo lo que quieras por un precio fijo.

Zack frunció el ceño.

–Rubias, morenas, pelirrojas… a vosotros os da igual siempre con tal de que tengamos una buena delantera, ¿no es cierto?

–Oye, oye, oye… espera un segundo –la cortó Zack.

Se acercó a ella, mirándola desde sus dos metros de altura con los brazos en jarras. Aquel gesto tenía por intención intimidarla, pero no lo consiguió en absoluto.

–Eres tú quien va a esperar y a escucharme –replicó ella–. ¿Te crees que no sé de qué vas cuando me llamas «cariño», «encanto», o «nena»? –le dijo clavándole el índice repetidamente en el pecho–. ¿Crees que no sé que ésa es la manera que tienen los tipos como tú de hablarle a una mujer para no tener que preocuparos en recordar nuestros nombres?

Zack inspiró profundamente y apretó los labios.

La irritación, que seguía creciendo como una ola dentro de Kim, se entremezcló con la tensión que se había estado acumulando en la boca de su estómago durante días. Se sentía como un equilibrista en la cuerda floja, tratando de concentrarse en el proyecto de investigación que tenía que presentar en menos de tres meses, y al mismo tiempo intentando apartar de su mente el hecho de que alguien estaba amenazando a su familia.

Y luego estaba lo de Zack… No podía quitarle los ojos de encima cuando estaban en la misma habitación. Era tan alto, y fuerte, y guapo… y estaba todo el tiempo con ella. De sobra sabía que no era la clase de mujer que atraía a los hombres, pero aquello no había impedido que se desatase su imaginación.

Cuando estaba consultando un libro para su investigación, de pronto él pasaba por la sala de estar, y su mente se llenaba de imágenes de él acariciándola, tomándola en volandas y llevándola al dormitorio y haciéndole el amor…

Tenía que parar aquello como fuese. La última vez que se había dejado llevar por sus fantasías, que había sucumbido a sus deseos, se había chocado con un muro de traición, y todavía le dolía el corazón al recordarlo.

Por eso no iba a quedarse allí de pie dejando que Zack le dijera cosas que no sentía, y empezar a recordarlo en medio de la noche y torturarse a sí misma albergando la tonta esperanza de que lo hubiera dicho en serio.

–No soy una de esas «fans» de los hombres con uniforme que seguramente te esperan en cada puerto –le dijo. Buscó sus ojos, esos ojos en los que pasaba demasiado tiempo pensando, y se obligó a no apartar la mirada–, ni voy a prestarme para calentar tu cama. Tenlo bien presente.

–En primer lugar –replicó él–, no tengo «fans» esperándome en cada puerto, encanto. Tengo amigas, y de vez en cuando tengo amantes. Y en segundo lugar no creo que sea un pecado que, al contrario que tú, prefiera las personas a los peces.

Kim entornó los ojos.

–Yo no he dicho…

–No, tú ya has dicho lo que tenías que decir –la cortó él, sosteniéndole la mirada–, y ahora es mi turno: si digo que me

pareces bonita, lo digo en serio. No necesito mentir a una mujer para conseguir su atención.

–Y tampoco te lo tienes nada creído, por lo que veo –farfulló Kim.

–Los hechos son hechos, cariño –replicó Zack, esbozando una sonrisa burlona–. Si quieres creer que te lo he dicho por embaucarte, es problema tuyo.

–De acuerdo, te creo, no me has mentido –dijo ella–, es sólo que necesitas ir a que te revisen la vista.

Zack resopló.

–Eres única, preciosa.

Kim apretó los dientes. Cariño, preciosa… ningún hombre había utilizado jamás esos apelativos con ella, ni una sola vez, y tener que escucharlos sabiendo que no significaban nada la desgarraba por dentro. Era una estúpida, se dijo, por dejar que le afectase de esa manera, por sentirse decepcionada, por desear aunque fuera por un segundo que esas palabras no fueran huecas.

–Escucha –continuó Zack–, me parece muy bien que estés enfadada con tu papaíto porque te haya obligado a aceptarme como guardaespaldas, pero no tengo por qué aguantar tus malos humos.

Kim se sintió incómoda… porque era verdad.

–Yo no estoy enfadada… –protestó débilmente.

–Diablos que no lo estás. ¿Quién está mintiendo ahora? –farfulló él, agarrándola por los brazos y atrayéndola hacia sí, mientras empezaban a caer las primeras gotas de lluvia–. Pero, ¿sabes cuál es el principal problema, encanto?

–¿Cuál? –inquirió ella en un hilo de voz, haciendo lo posible por ignorar la oleada de calor que se había disparado por sus venas.

Zack le sonrió, y recorrió los rasgos de su rostro con la mirada.

–Que me deseas –susurró.

Dios, cuánta razón tenía, admitió Kim para sus adentros. En el cielo relumbraban relámpagos y resonaban truenos mientras la lluvia seguía cayendo sobre ellos, empapándolos. La joven parpadeó, observando a Zack, y se dijo que resultaba aún más atractivo con el cabello mojado y el agua resbalando por los duros ángulos de su rostro.

A pesar del frío, se notaba como si estuviera ardiendo por dentro, y los dedos de Zack hincados en sus brazos parecían diez

cerillas encendidas. Le entró un cosquilleo en el estómago, y sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

Por un instante pareció incluso como si se le hubiese cortado la respiración y sus pulmones fuesen incapaces de tomar el oxígeno que necesitaban. Los ojos de Zack brillaban, y aunque la visión de Kim se había tornado algo borrosa, pudo leer el mismo deseo que ella sentía en aquellos iris entre azules y verdes, y se estremeció.

El aliento de Zack impregnó su rostro cuando se inclinó hacia ella. Kim creyó que la iba a besar, pero se quedó a unos centímetros de sus labios, esbozó una sonrisa maliciosa, movió ligeramente la cabeza y la soltó, haciéndola tambalearse hacia atrás.

–Oh, sí, me deseas… –murmuró Zack–. Y podrás tenerme… tan pronto como estés dispuesta a admitirlo –añadió, guiñándole un ojo y dirigiéndole otra sonrisa.

Se agachó para recoger la mochila del suelo, y se quedó mirándola mientras la lluvia seguía cayendo sobre ellos.

Kim, temblando de deseo y frustración, lo vio subir los escalones del porche. Zack abrió la puerta y la sostuvo, mientras se volvía hacia ella.

–Lo siento pero parece que tendremos que aplazar la excursión – le dijo.

Kim sabía que no era muy aconsejable ir a la playa en medio de una tormenta eléctrica, pero, con lo extraña que se sentía en ese momento, la idea de tener que volver a entrar en la casa con Zack y pasar todo el día otra vez los dos solos allí encerrados hizo que quisiese salir corriendo.

Iba a ser un día largo, muy largo, pero podría hacerlo, se dijo, podría resistir el deseo. Aunque pasaran horas y horas allí encerrados, jamás admitiría que lo deseaba. No le daría esa satisfacción, pensó, pero hizo una mueca al caer en la cuenta de que con ello también estaría negándose a sí misma el satisfacer esa necesidad de él que estaba volviéndola loca.

Calada hasta los huesos, Kim se tragó ese pesar, y lo miró fijamente.

–Caerán chuzos de punta en el infierno antes de que admita algo semejante –le dijo.

Sonriendo burlón, Zack se pasó una mano por la cara para enjugarse el agua del rostro.

–Cariño, *esto* es el infierno, y por si no te has dado cuenta ya están cayendo chuzos de punta.

Capítulo Seis

Durante dos horas el viento siguió aullando y la lluvia continuó golpeteando en los cristales, pero poco a poco el primero se fue aplacando y la segunda se convirtió en una fina niebla.

Kim estaba acurrucada en una esquina del sofá, con un libro abierto sobre el regazo que en realidad no estaba leyendo. No dejaba de lanzar miradas furtivas a Zack, que tenía la mirada fija en el televisor con la concentración de un neurocirujano operando un tumor cerebral.

No podía engañarla; sabía muy bien que no le interesaba en absoluto el estúpido concurso que estaba viendo. De hecho, estaba tan tenso como ella. Sus manos, una apretando el mando y la otra cerrada en un puño sobre el brazo del sofá, lo decían todo. Su mirada bajó a los finos labios de Zack, y preguntó cómo habría sido si la hubiese besado.

En cualquier caso no era algo que fuese a averiguar, pensó, ya que él prácticamente le había dicho que tendría que ser ella quien se lo pidiese, y antes preferiría que le cayese un rayo encima a contribuir a inflar su ego más aún.

Y, sin embargo, tampoco podía seguir en silencio el resto de la noche. Si malo era no poder estar sola cuando le apetecía estarlo, peor aún era tener que estar encerrada con alguien que tenía puesta una cara de siete metros y no había abierto la boca en horas.

–Ha dejado de llover –murmuró Kim.

–Gracias por el parte meteorológico –farfulló él, sin apartar la vista de la pantalla.

«Qué agradable… Intento entablar conversación y me suelta una coz», pensó Kim. Se quedó mirando el televisor, y tuvo que reprimir el deseo de estrellar contra él el jarrón que había sobre la mesita.

En ese momento una de las azafatas del programa estaba mostrando uno de los premios del panel, un frigorífico con sistema antiescarcha

–¿Cómo puedes ver eso? –inquirió.

Zack la miró largamente y enarcó una ceja.

–¿Están poniendo algún documental de peces en otra cadena que quieras ver?

Kim ignoró la indirecta.

–¿Sabes?, no hay ninguna razón por la que tengamos que ser enemigos.

–No, no hay ninguna razón. A veces las cosas son como son simplemente porque sí.

–¿Y es así como quieres que sigan? –le espetó ella.

Aunque fue muy fugaz, estaba segura de haber visto un destello en sus ojos. Una de las comisuras de sus labios se arqueó hacia arriba, y el estómago le dio un vuelco a Kim.

–Doctora Danforth –le dijo Zack en un tono acariciador–, ya se lo he dicho: si quiere que las cosas cambien, no tiene más que decirlo.

Kim sintió que un cosquilleo la recorría de arriba abajo, pero se mantuvo firme:

–Jamás te daré la satisfacción de…

–Nunca digas «de esta agua no beberé», encanto.

Kim inspiró profundamente, en un intento por aplacar la ira que casi estaba cegándola en ese momento.

–Eres el hombre más…

El timbre de la puerta la interrumpió, y Kim se levantó como un resorte del sofá. Cualquier tipo de visita sería bienvenida; cualquier cosa sería mejor que intentar razonar con alguien tan irracional como Zack Sheridan.

Rodeando el sofá, se dirigió hacia el vestíbulo, pero Zack, que también se había levantado, fue más rápido, y se colocó delante de ella levantando una mano para indicarle que se quedara donde estaba.

–Probablemente no será más que un vecino –farfulló ella.

–Puede, pero no está de más tomar precauciones –respondió él–. A partir de ahora, seré yo quien abra la puerta. ¿Estamos?

–Oh, ¡por amor de Dios…! –exclamó ella poniendo los ojos en blanco y moviendo la cabeza.

Zack ignoró sus protestas, echó un vistazo por la mirilla y, para sorpresa de Kim, prorrumpió en risas y abrió la puerta de par en par. Por encima de su hombro pudo ver a tres hombres en el

porche.

–¡Eh!, ¿qué pasa, jefe? –saludó a Zack uno de ellos.

Los tres llevaban vaqueros descoloridos y gastados, y camisetas de distintos colores, y los tres estaban sonriendo.

–¿Qué diablos estáis haciendo aquí? –les preguntó Zack.

–Pensamos que tal vez nos echarías de menos –dijo otro.

–Sí, como un perro a las pulgas –bromeó Zack riéndose.

Kim observó sorprendida el repentino cambio de humor en él mientras repartía abrazos entre los tres hombres y los saludaba alegremente. Su voz había adquirido un tono amistoso, y la tensión que lo había tenido atenazado en las últimas horas se había disipado como por arte de magia.

A pesar de sus ropas, Kim supo que aquellos tres hombres eran militares, igual que Zack, por el corte casi al cero del cabello, su impresionante forma física, y un cierto aire marcial en su porte.

De pronto Zack pareció acordarse de su presencia, y se volvió hacia ella. Kim se sorprendió nuevamente al ver que la expresión de sus ojos era amable y que ya no estaba a la defensiva. Era como si se le hubiese olvidado por completo la pelea que habían tenido hacía unas horas, y la pequeña riña que acababan de tener. Su sonrisa se hizo más amplia cuando le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola a su lado, para presentarle a los tres hombres.

–Kim, éste es mi equipo: «Hula» Akiona…

Hula, un hombre alto, de tez morena y pelo negro, le sonrió y la saludó con un asentimiento de cabeza.

–Señorita.

–…«Perro Loco» Connelly… –continuó Zack, señalando al siguiente hombre.

Era de la misma estatura, pero con cabello rubio cenizo y profundos ojos azules, que levantó la mano en señal de saludo y esbozó una breve sonrisa.

–…y «Tres Cartas» Montgomery –concluyó Zack, presentándole al último.

–¿Cómo está? –la saludó Tres Cartas, asintiendo con la cabeza como Hula.

Era más bajo que los otros dos, pero igual de fuerte, y había en su mirada una callada intensidad.

Kim alzó el rostro un instante hacia Zack, y luego volvió la

mirada a los tres hombres.

–Bueno, pues ahora que ya nos conocemos, ¿por qué no pasamos todos dentro y nos sentamos? –ofreció, haciéndose a un lado para dejarles pasar.

–No querríamos molestar –murmuró Tres Cartas, tímidamente.

–No es molestia, de verdad –respondió Kim–. Pasad.

–Gracias, señorita –dijo Hula, entrando el primero.

–Bonita casa –dijo Perro Loco, entrando también, seguido de Tres Cartas.

Kim y Zack entraron también, y cuando él hubo cerrado la puerta le dirigió a la joven una sonrisa agradecida que hizo que se alegrara de haber invitado a sus amigos a pasar. Pensó en irse al dormitorio para que Zack tuviera un rato a solas con ellos, pero Zack la tomó de la mano y la llevó a la sala de estar con él.

–Bueno, ¿y a qué se debe esta visita? –preguntó a los otros.

Los tres hombres se habían acomodado ya, uno de ellos en el sofá, otro a horcajadas en una silla, y el último en el suelo, frente a la chimenea, donde chisporroteaba un pequeño fuego.

–Pensamos que te gustaría saber cómo va Cazador –respondió Tres Cartas desde el sofá, inclinándose y apoyando los brazos en las rodillas.

–¿Quién es Cazador? –preguntó Kim.

–Cazador Cabot es el otro miembro de nuestro equipo –respondió Zack con voz tensa–. ¿Cómo se encuentra? –le preguntó a sus compañeros.

–Bien; los médicos están sorprendidos de lo rápido que se está recuperando –respondió Hula, sentado frente a la chimenea.

Kim vio que Zack soltaba aliviado el aliento que había estado conteniendo.

–Y trae locas a las enfermeras –intervino Perro Loco.

–Las mujeres siempre han sido su debilidad –dijo Tres Cartas desde su silla, con una sonrisa.

–Sí, pero tú ahora también tienes tu debilidad, ¿no es cierto? –lo picó Hula.

–Ja-ja, eres muy gracioso.

Kim miró a Zack interrogante.

–Tres Cartas se ha casado hace nada –explicó él.

–Oh, felicidades –le dijo Kim.

Tres Cartas le dedicó una de sus intensas miradas y sonrió.

–Gracias –murmuró.

–¿Y qué le pasó a ese otro compañero vuestro?–inquirió Kim curiosa.

–Nada –respondió Zack con aspereza.

–¿Nada? –repitió ella frunciendo el entrecejo–. ¿Está en el hospital por nada?

–Es que… el jefe es muy modesto –le dijo Tres Cartas.

Perro Loco y Hula se rieron. Zack los miró irritado, pero Kim lo ignoró.

–Bueno, si es tan modesto, ¿por qué no me lo cuentas tú? –le dijo a Tres Cartas, sentándose en el sofá junto a él.

–Espera, espera, tiempo muerto –dijo Hula poniéndose en pie–. Propongo que antes pidamos unas pizzas y unas cervezas. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre. ¿Puedo usar el teléfono? –le preguntó a Kim.

–Claro –respondió ella–. Está allí –le dijo señalando un mueblecito en el rincón–. En el cajón está la guía.

Tras hacer el pedido Hula volvió a sentarse, y Tres Cartas comenzó a relatar lo ocurrido a Cazador. Kim se había girado hacia él en el sofá para poder mirarlo de frente, y cuando Zack se sentó en el brazo, detrás de ella, sintió su muslo, duro y cálido, contra su espalda. Se recostó, apoyándose en él, y pudo notar cómo Zack se removía incómodo mientras su amigo le hablaba de su última misión.

Las palabras de Tres Cartas pintaron un vívido cuadro: la oscuridad, el peligro… Kim se emocionó como si hubiera estado allí cuando llegó a la parte en la que lograron rescatar al rehén, y compartió la furia que debieron sentir cuando sus superiores les ordenaron que se marcharan dejando atrás a uno de los suyos.

–Qué horrible –balbució.

–Eso mismo nos pareció a nosotros –asintió Tres Cartas, apretando los labios.

–Pero ésas fueron las órdenes –intervino Perro Loco–. Los altos mandos por lo general no son más que un puñado de militares politizados que se han olvidado de lo que es estar ahí, arriesgando tu vida.

En ese momento llamaron a la puerta, y Hula fue a abrir. Era el

repartidor de pizzas, cargado con las cuatro pizzas tamaño familiar y las latas de cerveza que habían pedido. Cuando le hubo pagado y el chico se hubo ido, Hula puso las cajas sobre la mesita del salón y le tendió una cerveza a Kim.

–No, Hula, ella no toma… –comenzó Zack.

Pero antes de que pudiera acabar la frase Kim había agarrado la lata, tirado de la anilla, y dado un sorbo. Zack sonrió para sí. ¿Dejaría de sorprenderlo alguna vez?

–¿Y qué pasó entonces? –instó Kim a Tres Cartas a continuar.

–Pues que finalmente conseguimos sacar a Cazador de allí, y ahora está en el hospital –concluyó Zack, como deseoso de llegar al final de la historia.

–Gracias a Dios –dijo Kim.

–No, señorita –apuntó Hula, mirando a Zack–, gracias al jefe. «Revólver» le dijo a esos mandamases que se fueran al infierno y entró otra vez allí, y volvió con Cazador a cuestas.

–¿«Revólver»? –repitió Kim confusa.

–Es el nombre en clave del jefe –explicó Hula.

–Cállate, Hula –farfulló Zack.

–No le hagas caso, Hula. Continúa, por favor –le pidió Kim.

–A sus órdenes, señorita –respondió el hawaiano, sonriendo e ignorando a Zack– Revólver llevó a Cazador a cuestas atravesando el fuego enemigo, y consiguió llegar con él hasta la Zodiac a tiempo para que fuéramos evacuados de allí.

–¿Y lo hiciste tú solo? –inquirió Kim sorprendida, girándose hacia él.

No podía imaginarse enfrentándose al peligro ella sola. Zack se frotó la nuca azorado y farfulló algo incomprensible, como quitándole importancia.

–El jefe siempre se las apaña bien solo, señorita –intervino Perro Loco–. De hecho, aunque somos un equipo, solo es como le gusta trabajar.

Zack le lanzó una mirada irritada, pero Kim lo miró llena de orgullo. Nunca había conocido a nadie como Zack. Los hombres de su círculo social se jactaban de cosas como engañar a Hacienda o de la exitosa fusión que habían conseguido absorbiendo pequeñas empresas, y en cambio Zack, que había cruzado en medio de una lluvia de disparos para salvar la vida de un compañero no quería ni

que lo mencionasen.

Y no sólo admiraba su modestia y su coraje, sino que también envidiaba la confianza que mostraba en sí mismo. Ella nunca había tenido demasiada. Bueno, en lo que se refería a su trabajo no le faltaba, porque conocía muy bien los océanos y la vida marina, pero en ciertas situaciones, como las reuniones de sociedad en las que se veía obligada a hablar con gente, se sentía perdida. En las fiestas solía quedarse en un rincón, y cuando hallaba la ocasión se escabullía y se marchaba a casa, a su santuario. O al menos lo había sido hasta que Zack lo invadiera. Y ahora dudaba que volviera a ser lo mismo jamás, cuando él se marchara, porque aunque sólo llevaba allí unos días, era como si ya hubiese dejado su impronta en cada habitación, en cada rincón de la casa. Se había convertido en parte de su vida diaria, y no estaba segura de cómo podría acostumbrarse a vivir de nuevo sin él. Ni siquiera estaba segura de querer tener que separarse de él.

–Le salvaste la vida –murmuró, mirándolo a los ojos.

Zack se sonrojó, y quizá porque nunca lo hubiera esperado, aquello hizo que Kim sintiera aún más afecto por él.

–No se deja atrás a un compañero –dijo Zack, encogiéndose de hombros.

–Hoo-yah –contestaron los otros tres al unísono, empleando el grito de guerra de los SEAL y levantando sus latas de cerveza.

El resto de la tarde transcurrió apaciblemente entre más charla y risas, y la televisión, que Zack no había apagado, se quedó como ruido de fondo. Kim se rió y habló más de lo que recordaba haberlo hecho en años. Aquellos hombres, que eran como hermanos los unos para los otros, la hicieron partícipe de su complicidad, su camaradería, y sus bromas, permitiendo que durante unas horas se convirtiera en uno más del grupo, y le encantó. Era una sensación agradable, se dijo, la de sentirse aceptada. Bebió cerveza, y tomó pizza, cosa que no había hecho desde su época universitaria.

Además, Zack la miraba de un modo distinto aquella noche, como con cierta admiración, como si se sintiese feliz de que se llevase tan bien con sus compañeros.

Cuando iba ya por su cuarta cerveza, habían empezado a hablar de submarinismo, y ellos no eran los únicos que tenían batallitas que contar. Aquellos hombres comprendían y compartían su amor

por el mar, los peligros y los atractivos de visitar ese mundo mágico bajo las aguas.

–¡Eh, mirad, ésta es la mejor parte! –exclamó Hula de pronto, interrumpiendo la conversación.

–¿El qué? –preguntó Kim, volviendo la cabeza tan bruscamente que de repente toda la habitación parecía dar vueltas. No debería haber tomado esa tercera cerveza… Oh, qué demonios.

–Esta escena –aclaró Hula, señalando el televisor.

Perro Loco gimió con disgusto.

–Por Dios, tío, ¿nunca te cansas de eso?

–¿De qué? –inquirió Kim confundida, enfocando la vista en la pantalla.

Estaban poniendo la primera película de la saga *Tiburón,* y en ese momento los tres personajes protagonistas estaban emborrachándose en torno a una mesa en el camarote de una cochambrosa embarcación, comparando sus cicatrices.

–Yo les gano –dijo Hula.

Plantó el pie izquierdo sobre la mesita de la sala de estar, se levantó una de las perneras del pantalón, y les enseñó una cicatriz horrible cerca del tobillo.

–Esto me lo hizo una barracuda en Florida Keys.

–Diablos, eso no es nada –farfulló Perro Loco, levantándose la camiseta para enseñarles una cicatriz circular en su abdomen–: tiburón tigre, Golfo de México.

Kim sonrió cuando Tres Cartas enrolló hacia arriba la manga derecha de su camiseta y señaló una cicatriz blanquecina cerca del hombro, al tiempo que proclamaba:

–Raya venenosa, Malibú.

Zack, que no iba a ser menos, se levantó la camisa, se dio la vuelta, y les enseñó una cicatriz ondulante en la parte baja de su espalda. Y, Dios, qué espalda, pensó Kim tragando saliva.

–Morena, Tailandia.

Cuatro pares de ojos se posaron sobre Kim en un desafío no verbal. Ella lo consideró un instante, y finalmente decidió «¿por qué no?» Ahora era parte del grupo. La habían acogido sin reservas, y tenía que corresponderles.

Plantó el pie izquierdo en la mesita, como había hecho Perro Loco, y se subió la pernera del pantalón, dejando al descubierto una

serie de pequeñas marcas circulares en la parte interna de su pantorrilla:

–Pulpo, Mar del Japón.

–¡Hoo-yah! –exclamaron los cuatro hombres, levantando sus latas de cerveza en su honor.

Kim sonrió y, por primera vez en su vida, se sintió parte de algo.

Horas después Zack estaba tendido en su cama, con la vista fija en el techo. Hacía rato que se habían ido los chicos en el taxi que les había pedido, y Kim estaba acostada también, pero no dormida, y cada vez que se movía chirriaban los muelles de su colchón.

Observándola durante toda la noche, le había costado horrores no agarrarla por la cintura y besarla hasta dejarla sin sentido. Nunca hubiera pensado que una científica pudiera remangarse el pantalón y presumir de cicatrices con un puñado de militares. Diablos, ¡si hasta había bebido cerveza y tomado pizza! Y se había reído, y bromeado, y contado historias, y su sonrisa había hecho que se derritiese por dentro. Diablos.

Los muelles del colchón de Kim volvieron a chirriar, y Zack intentó nuevamente pensar en otra cosa. Incluso cerró los ojos, pero aquello tampoco le sirvió de nada, porque en su mente seguía viéndola, alegre y sonriente como horas atrás.

–¿Zack?

La voz de la joven lo sobresaltó. Abrió los ojos y giró la cabeza hacia la pared, mirándola fijamente, como si tuviera rayos X en los ojos y esperara poder ver a través de ella.

–¿Sí?

–Me han caído bien tus amigos –le dijo Kim con su voz suave y clara.

Zack se repasó una mano por el rostro.

–Tú también les has caído bien a ellos –respondió.

–¿De verdad?

Zack frunció el entrecejo.

–Claro que es verdad. ¿Te sorprende?

Hubo una larga pausa.

–La verdad es que sí.

–¿Por qué?

–Bueno, como a ti no te caigo muy bien, pensé que a ellos tampoco les caería bien.

–Yo nunca he dicho que me cayeras mal.

–Entonces… ¿te caigo bien?

Zack se incorporó, apoyándose en el codo.

–¿Por qué iba a estar hablando con una pared si no?

Kim se rió, y le dijo al cabo de otra larga pausa:

–Tú a mí también me caes bien. Al principio no creí que pudieras llegar a caerme bien, pero ahora veo que no eres un mal tipo.

–Vaya, gracias –farfulló Zack.

Genial, él muriéndose por ella, y ella acababa de descubrir que no era un mal tipo. Sencillamente genial.

–Si te digo algo… ¿prometes quedarte donde estás? –le preguntó Kim de improviso.

–No tengo por costumbre hacer promesas sin saber a qué se refieren –contestó él, dejándose caer de nuevo sobre la almohada.

Por amor de Dios… no podía sacársela de la cabeza, ¿y a esas horas de la noche quería ponerse a hacerle confesiones a través de la pared?

–¿Tanto te cuesta darme tu palabra? –le espetó Kim irritada.

–Está bien, si con eso consigo que te calles y te duermas, te lo prometo.

Pasaron unos segundos antes de que ella volviera a hablar. El viento soplaba fuera, agitando las ramas de los árboles.

–Tenías razón… en lo que me dijiste antes –comenzó Kim en un tono quedo, vacilante.

–Nunca me cansaré de oír esas palabras de labios de una mujer –contestó Zack con sorna, esbozando una media sonrisa–, pero, ¿podrías ser más específica?

–Me refiero a antes de que llegaran los chicos –respondió ella–, …cuando estábamos fuera, discutiendo.

Zack notó cómo se tensaban sus músculos.

–Mmm…

–En fin…, me refiero a cuando dijiste que… bueno, que te deseaba.

–¿Y…?

–Pues… que tenías razón.

La puerta del dormitorio de Kim se abrió de repente, y la joven vio la silueta de Zack de pie en el umbral. Se incorporó en la cama como un resorte, tapándose hasta el cuello con el edredón de plumas, y mirándolo indignada le gritó:

–¡Prometiste quedarte en tu habitación!

–Te mentí.

Capítulo Siete

Kim se levantó de la cama, arrastrando el edredón con ella, y se quedó mirándolo muda de asombro… y de admiración. Sólo llevaba puestos los pantalones vaqueros, y su tórax, musculoso y bronceado, brillaba a la luz de la luna que se filtraba por las cortinas blancas de la ventana. Los primeros botones de la bragueta de su pantalón estaban desabrochados, dejando al descubierto una tentadora visión de piel algo más pálida. Azorada, Kim apartó la vista y lo miró a los ojos.

–Me dijiste que nunca mentías.

–No respecto a las cosas importantes.

Kim se echó el cabello hacia atrás con una mano, mientras la otra sostenía el edredón contra su cuello.

–Eres increíble –farfulló irritada.

–Me lo han dicho muchas veces –respondió él con una sonrisa lobuna.

–Oh, estoy segura de que sí –dijo Kim.

Inspiró profundamente, y soltó el aliento temblorosa. Zack era mucho más de lo que había imaginado, y era mucho más peligroso que cualquier otro hombre que hubiera conocido. No porque temiera que pudiera hacerle algún daño, eso no, pero sí constituía una seria amenaza para su corazón. No quería sentir la atracción que sentía por él, no quería encariñarse con un hombre que únicamente estaba allí cumpliendo órdenes de protegerla. En cuanto terminaran los treinta días de aquella «misión» que le habían asignado, se marcharía, y ella se convertiría para él sólo en un recuerdo.

Una parte de ella quería cruzar la habitación, echarse en sus brazos, y disfrutar de lo que tuviera que ofrecer, pero otra, más sensata, le decía que aquello sería una locura. En su interior se estaba difuminando rápidamente la línea que separaba la razón y el deseo, y si no actuaba rápidamente, pronto sería demasiado tarde para detener lo inevitable. Levantando un brazo, señaló la puerta y

le dijo:

–Fuera.

Zack no se movió.

–Todavía no estoy dentro –le dijo en un tono seductor.

Kim se estremeció de arriba abajo. Dios, ¿cómo podía afectarla de aquella manera cuando estaban a un par de metros el uno del otro? Y, si le ocurría eso a esa distancia, ¿qué pasaría si la tocara? Oh, Dios… Una ola de calor la invadió, y sintió que se le cortaba el aliento.

–Ni vas a estarlo.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Zack.

–Hace un momento acabas de decir que me deseas.

–Hay muchas cosas que deseo y no por eso…

–Bueno, veré lo que puedo hacer –la interrumpió él con una sonrisa burlona.

–Para ya, ¿quieres?

Zack puso las manos en las jambas de la puerta, estirándose, y los músculos de su tórax se tensaron de un modo muy erótico, haciendo que Kim contuviera el aliento. De pronto parecía que como si la temperatura hubiese subido varios grados en la habitación.

Él dio un paso adelante, entrando en el dormitorio, y el corazón le dio un vuelco a la joven.

Zack clavó su mirada en la de ella, y aun en la penumbra Kim pudo ver brillar el deseo en las profundidades de sus ojos.

–Dejando a un lado las bromas –murmuró Zack con voz ronca–, quiero que sepas que técnicamente no te he mentido.

Kim abrió la boca para rebatirle, pero él no le dio oportunidad de hablar.

–Es importante para mí que sepas que yo jamás te mentiría.

–Estás en mi habitación y me prometiste quedarte en la tuya –replicó Kim–. ¿No contradice eso un poco lo que acabas de decir?

Zack sonrió y se encogió ligeramente de hombros.

–Compréndelo, era una promesa hecha bajo presión.

–¿Bajo presión? –repitió ella incrédula.

–Y tenía los dedos cruzados.

Kim se rió.

–¿Qué eres, un niño de seis años?

–Sólo en mi corazón –respondió él sonriendo.

–Ya.

–Entonces, ¿me crees en lo que te acabo de decir?, ¿que jamás te mentiría?

Kim lo miró a la cara, y vio que, a pesar del tono guasón en su voz momentos antes, estaba muy serio. Era evidente que aquello era importante para él.

–Te creo.

–Bien –dijo Zack. Dio otro paso hacia ella, y se detuvo–. Respecto a lo otro…

El corazón de Kim volvió a saltar en su pecho.

–¿Sí?

–Como te dije, si quieres algo… tendrás que pedirlo.

–Lo sé –musitó ella.

Su voz sonó algo chirriante, como si no hubiera hablado en mucho tiempo. Tragó saliva en un intento por deshacer el nudo que se le había formado en la garganta, y le ordenó mentalmente a su corazón desbocado que se calmase. Pero, ¿cómo podía calmarse cuando el deseo parecía estar quemándola por dentro, las piernas le temblaban, y notaba la cabeza mareada?

Si tenía un mínimo de sentido común, pensó, le diría de nuevo que se marchase, y esa vez lo haría en un tono inflexible. Sin embargo, mientras su cerebro discutía con sus hormonas, Kim no pudo evitar preguntarse «¿y por qué no?».

Eran adultos, había una obvia atracción entre ellos, y ninguno de los dos estaba buscando otra cosa que no fuera una salida a la tensión sexual que se había ido acumulando en el ambiente desde que él llegara a la casa.

Lo único que tenía que hacer era dar un paso hacia él, y dar rienda suelta a sus impulsos. Podía disfrutar del momento, y volver a su vida normal cuando Zack se hubiese marchado. Lo único que tenía que hacer era dar un paso hacia él. ¿Qué se lo impedía?

La realidad, eso era lo que se lo impedía. Inspiró profundamente en un intento desesperado por tranquilizarse, pero, dado que en ese preciso momento era del todo imposible, simplemente empezó a hablar:

–Está bien, no puedo negarlo.

Los ojos de Zack se oscurecieron, pero no dijo nada, sino que se

quedó esperando a que continuara hablando.

–Es cierto, te deseo.

–Ésa es mi chica –murmuró Zack, comenzando a rodear la cama.

–*Pero…*

Aquella única palabra tuvo el efecto deseado en él: lo hizo pararse en seco.

–¿Por qué sabía que iba a haber un «pero»? –farfulló Zack, meneando la cabeza.

–A lo mejor eres tú el que tiene poderes psíquicos.

–Sí, eso debe ser –respondió él–. Claro que contigo, naturalmente, tenía que haber un «pero».

–¿Qué se supone que significa eso? –inquirió ella, frunciendo el entrecejo.

Zack levantó las dos manos en un gesto defensivo.

–Cálmese, doctora. Lo que quería decir era que contigo no se puede dar nada por hecho.

La irritación de Kim se aplacó, y una sonrisa divertida asomó a sus labios.

–Eso me suena a cumplido.

Pasó un rato antes de que Zack asintiera.

–Sí, supongo que lo era –dijo en un tono suave.

–Gracias.

Una sensación tierna y cálida la invadió, muy distinta del calor abrasador que se había disparado por sus venas momentos antes. El fuego del deseo era algo excitante, pero aquella calidez era, de algún modo, mucho más tentadora, más… embriagadora.

Y eso significaba que estaba en serio peligro.

–Dios, debo estar perdiendo la razón, porque me estoy sintiendo tentada de tener un romance contigo –balbució.

–Pues manda la razón a paseo y sigue tus impulsos, cariño –respondió Zack, mirándola a los ojos.

–Eso es lo que haces tú, ¿no es así? –inquirió ella, ladeando la cabeza.

–La mayoría de las veces, sí –respondió Zack, rodeando con ambas manos uno de los postes de la cama.

–Pues yo no –replicó ella quedamente–, ya no. Lo hice en una ocasión, seguí mis impulsos, y salí escaldada.

–No tiene por qué ser siempre así.

–Tal vez no –contestó ella. Cuanto más hablaba, más fuerte se sentía, así que continuó, sin saber si era a él a quien estaba explicándole las razones de su decisión, o a sí misma–, pero no me gusta correr riesgos.

–Justo lo contrario que a mí.

–Lo sé –respondió ella–. Y lo peor es que es parte de tu encanto –añadió sacudiendo la cabeza.

Él enarcó una ceja.

–Zack, parte de mí quiere decirte que sí, pero…

–¿Y la otra parte?

Kim exhaló un suspiro y alzó la barbilla.

–La otra parte está rogando por que salgas de la habitación antes de que la parte menos juiciosa se haga con el control.

–Ajá –murmuró él, soltando el poste y caminando hacia ella lentamente, un paso tras otro.

Dios, sólo verlo avanzar hacia ella hizo que se le pusiera la boca seca… Era auténtica perfección en movimiento y exudaba virilidad por todos sus poros.

No tenía escapatoria, no tenía dónde esconderse, pensó Kim aterrada. Sabía que, si la tocaba, sus firmes intenciones se desvanecerían como humo en el aire.

–Lo he dicho en serio –murmuró Zack.

Estaba ya tan cerca de ella, que Kim podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

–¿El qué? –balbució ella.

–Que tendrás que pedirlo –respondió el SEAL, extendiendo el brazo y acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Aquel suave roce provocó un delicioso cosquilleo en el vientre de Kim. «Oh, Dios», pensó.

–No… no puedo.

–Ahora no, me doy cuenta –susurró Zack. Su aliento acarició la mejilla de Kim como lo habían hecho antes sus dedos–, pero lo harás.

Kim se tensó ante esa expresión de arrogancia, pero, siendo honesta consigo misma, tenía que admitir que estaba en lo cierto.

–Supongo que sería fácil rendirme a la atracción que siento hacia ti –dijo.

Una de las comisuras de los labios se arqueó hacia arriba.

–Y ahora viene otro «pero», ¿no es así?

Kim asintió.

–Pero como te he dicho una vez me rendí a mis impulsos, y los resultados fueron desastrosos.

–¿Qué ocurrió?

Kim lo miró a los ojos e inspiró profundamente, como tomando fuerzas para hablar de ello.

–Charles Barrington III es lo que ocurrió –dijo.

Zack resopló despectivamente ante un nombre tan pomposo, y Kim esbozó una leve sonrisa, que se borró de sus labios cuando volvió a hablar:

–Entró en mi vida como un torbellino. Venía a casa a verme, me compraba flores, me llevaba al teatro y a la ópera… en definitiva representaba el papel del novio perfecto –concluyó dejando escapar un suspiro.

–¿Cuándo fue eso?

–¿Eh?

Había estado tan perdida en los recuerdos, que no había oído la pregunta de Zack.

–¿Cuándo estuviste saliendo con ese tal Charles? –repitió él–. Ya que es lo que se interpone entre nosotros en este momento, creo que me merezco al menos una pequeña presentación.

Kim asintió con la cabeza. Le costaba hablar de aquello porque, aunque hacía tiempo que había superado el dolor, todavía no había logrado sacarse el aguijón de la humillación, de la traición, y tenía la sensación de que seguiría en su alma hasta el día de su muerte.

–En mi tercer año de carrera –contestó–. Fue todo muy rápido. Estuvimos saliendo durante dos meses, y de repente, un día, me pidió que me casara con él.

–¿Y tú aceptaste?

–¿Cómo no iba a aceptar? –contestó ella, encogiéndose de hombros–. Parecía encantador, me trataba como a una reina… y yo era muy ingenua por aquel entonces. Nunca antes había salido con nadie, y no sabía nada del amor. Sencillamente me embaucó –bajó la vista, avergonzada por haber sido tan tonta–. Nos comprometimos, y parecía que en casa todo el mundo estaba encantado: Charles había sabido ganarse a mis padres y a mis hermanos, y aunque era de una familia de clase media, tenía

grandes ambiciones, y tras trabajar como administrativo varios años en el ayuntamiento había llegado a asistente personal del concejal de sanidad, así que por esa parte también hizo muy buenas migas con mi padre, que ya entonces estaba empezando a considerar su carrera política.

–¿Y?

Kim inspiró profundamente, y giró el rostro hacia la ventana, para mirar el jardín trasero, bañado por la luz de la luna, mientras volvían a su mente imágenes de la noche en que su corazón se había hecho pedazos.

–Estábamos en una fiesta, pero a mí me dolía la cabeza. Quería que Charles me llevase a casa, pero no podía encontrarlo por ninguna parte, y nadie lo había visto desde hacía rato.

Cerró los ojos, y pudo ver de nuevo el enorme salón de baile, brillantemente iluminado por lámparas de araña, los diamantes en el cuello de las mujeres, los elegantes vestidos, los hombres discutiendo acerca de la inflación y la bolsa, la pequeña orquesta tocando al fondo…

Había salido a los jardines. Casi podía oler el jazmín, y sentir el húmedo calor de aquella noche de verano.

–¿Qué ocurrió cuando lo encontraste? –inquirió Zack, como si estuviera leyendo sus pensamientos.

Kim abrió los ojos y, curiosamente, se sintió reconfortada por la presencia de Zack.

–Oí voces que venían del cenador. Me dirigí hacia allí, atravesando por el césped, y escuché la voz de Charles hablando con alguien, una mujer.

Sintió una punzada en el pecho al recordarlo, pero después de una pausa continuó:

–El nombre de aquella mujer era Elizabeth Coopersmith…

–¿De dónde diablos sacan esos apellidos tan rebuscados? –la interrumpió Zack, extendiendo el brazo y tomándola de la mano.

Kim se rió, y tuvo que admitir para sí que se sentía mejor ahora que estaba hablando de aquello. La calidez de la mano de Zack, y el suave apretón que le dio, la ayudó a retomar el relato.

–Era hija de una familia de mucho renombre, pero eso era todo lo que tenían, el apellido. Todo el mundo sabía que estaban endeudados hasta el cuello, pero eran de esas personas que viven de

cara a la galería y tienen que aparentar todo el tiempo y gastarse lo que no tienen para mantener el tren de vida al que están acostumbrados –hizo una pausa–. Charles estaba diciéndole que una vez nos casáramos, podrían verse de nuevo. Por lo que escuché, él le había comprado un apartamento en Hilton Head, y ella estaba quejándose porque no había ido a ver cómo había quedado el salón después de haberlo redecorado.

–Menudo bastardo.

Kim sonrió.

–Ya lo creo que lo era.

–¿Le pegaste un buen puñetazo?

Ella suspiró y meneó la cabeza.

–Me temo que estaba demasiado dolida y aturdida para reaccionar. Entré en el cenador, le tiré a Charles el anillo de compromiso a la cara, y les deseé a Elizabeth y a él que les fuera bien.

–Fuiste demasiado benevolente, cariño –dijo Zack.

–Lo sé, pero está pagando por lo que me hizo, te lo aseguro –replicó Kim con una sonrisa maliciosa–: se casó con Elizabeth.

–¿Así que sencillamente le dijiste que rompías el compromiso, y los dejaste allí?

–Bueno, tampoco fue una charla civilizada, si es lo que estás imaginándote –contestó ella–. Empecé a gritar a Charles, y él, lejos de mostrar un mínimo de vergüenza, se puso a gritarme también, diciéndome que si había ido detrás de mí había sido sólo por el dinero de mi familia, que él jamás habría salido con… con un «témpano» como yo –levantó la barbilla, como desafiando al dolor que aún le producía el recuerdo de aquellas crueles palabras–. Y Elizabeth también tuvo la desfachatez de decirme un par de cosas, ya que ella también tenía planes para mi dinero.

Zack sintió deseos de ir a buscar a aquel miserable y darle su merecido por haberle hecho daño a Kim. Por desgracia no podía hacerlo porque no sabía dónde estaría en ese momento, pero Kim estaba allí con él, y la expresión de dolor en su rostro provocó en él un sentimiento que no estaba seguro de haber sentido jamás: ternura.

–Ese tío debía ser un completo imbécil –dijo.

–Lo era.

–Por favor… «un témpano»… –farfulló Zack moviendo la cabeza–. Menuda estupidez.

Tomó el rostro de Kim entre sus manos, acariciándole las mejillas con los pulgares, y el suave tacto de su piel hizo que una oleada de calor lo invadiera, como un viento cálido soplando sobre el océano.

–No hay nada de frío en ti, cariño –le dijo, tragando saliva para aplacar el deseo que estaba despertando de nuevo en él–. Si ese idiota no dio con el fuego que había dentro de ti quizá fuera porque él no sabía cómo avivarlo.

Kim se estremeció, y Zack lo sintió. Decididamente aquella mujer tenía poderosas armas de seducción, pensó, armas que no podrían tener mayor efectividad con él si las utilizara conscientemente.

–Zack…

–A mí siempre se me ha dado bien encender pasiones… modestia aparte –la interrumpió él con una sonrisa lobuna–, pero estoy seguro de que bajo esa fachada de mujer metódica y ordenada hay un auténtico volcán esperando a ser despertado. Tal vez si tú y yo…

Pero Kim sacudió la cabeza.

–No puedo hacer esto –murmuró.

–Lo entiendo –suspiró Zack–, pero no dejes que ese canalla sea el rasero por el que juzgues al resto de los hombres.

–No lo hago, de verdad –le aseguró Kim–. Es sólo que… no estoy segura de esto, Zack.

–Está bien, tranquila, no pasa nada.

–Gracias, Zack –le dijo Kim quedamente–. No eres como esperaba.

–¿Ah, no? –inquirió él, peinándole el cabello con los dedos y apartándolo de su rostro. Era tan suave como había imaginado, y tuvo que reprimir el deseo de agarrarlo por las raíces y tirar de él para atraer el rostro de Kim y besarla hasta dejarla sin respiración–. ¿Y eso es bueno, o malo?

Kim exhaló un profundo suspiro, y se mordió el labio inferior.

–Yo diría… que peligroso.

Zack se rió, pero su risa sonó algo forzada.

–En ese caso tienes suerte de que haya un SEAL en la casa. No

hay nada que nos guste tanto como el peligro.

Cuando Kim le sonrió, Zack se perdió en las profundidades de sus ojos verdes, y experimentó algo que no habría sabido definir, algo que lo hizo sentirse extrañamente vulnerable.

–Creo que debería… volver a mi habitación –dijo al cabo de lo que pareció una eternidad, felicitándose por haber conseguido articular palabra.

Kim asintió, y Zack dio un paso atrás, dejando caer las manos junto a sus costados.

–Será lo mejor –musitó ella.

–Sí, pero es una lástima –replicó él, con una media sonrisa, esperando que no se percatase de cuánto le estaba costando salir de allí.

–Supongo que sí.

–No todos los hombres somos como ese tipo –dijo Zack quedamente–. Creo que deberías saberlo. A mí no me interesa tu dinero, ni que te apellides Danforth, y Dios sabe que detesto todo lo que tenga que ver con aparentar y los compromisos sociales.

Kim se rió suavemente.

–Lo sé.

–Bien, está bien que lo sepas –farfulló él. Dio otro paso hacia atrás, y luego otro, rodeando la cama hasta llegar a la puerta–. ¿Podrías hacer algo por mí? –le preguntó, ya con la mano en el pomo.

–¿Qué?

Zack bajó la vista al edredón que ella tenía agarrado como un escudo frente a sí.

–Llevo una semana muriéndome por saber qué te pones para dormir.

Aquella petición sorprendió a la joven, pero a Zack también le pareció advertir un destello de excitación en sus ojos.

Incluso pareció considerarlo un instante, que fue lo suficientemente largo como para que la imaginación de Zack conjurara toda una serie de imágenes increíblemente eróticas en su mente.

–No… no creo que sea una buena idea –dijo finalmente, haciendo estallar su burbuja de esperanza.

–No, supongo que no.

Lo cierto era que Zack no sabía si se sentía decepcionado o aliviado porque, aunque le hubiera encantado poder ver lo que se ocultaba tras aquel edredón, conciliar el sueño quizá se habría convertido en algo todavía más complicado si se lo hubiera permitido.

–Buenas noches, Zack.

–No para mí, desde luego –gimió él lleno de frustración. Y haciendo un esfuerzo considerable, salió finalmente del dormitorio de Kim, y cerró la puerta.

Capítulo Ocho

Decir que se mascaba la tensión en casa de Kim sería como describir el Everest como un pequeño montículo.

Habían pasado tres días desde que Kim y Zack hubiesen estado hablando el uno con el otro a la luz de la luna, separados sólo por unos centímetros y un edredón de plumas, y cada minuto de cada uno de esos tres días la mente de Kim había estado recordándole lo que había rechazado.

Y Zack no estaba ayudándole en absoluto. Sentía su mirada sobre ella todo el tiempo, igual que había sentido las yemas de sus dedos sobre sus mejillas. No había vuelto a intentar nada desde aquella noche, y lo cierto era que no estaba segura de si aquello la aliviaba o no, lo cual la tenía sencillamente furiosa.

Estaba otra vez caminando sobre la fina línea entre el deseo y la razón, y se sentía a punto de explotar, como si cada una de las células de su cuerpo estuviese vibrando con una fuerte carga eléctrica. Intentaba repetirse una y otra vez que aquello pasaría, pero su cuerpo quería que su cerebro se callase para poder hacer lo que ansiaba. Resultado: ni su mente ni su cuerpo estaban contentos.

–Genial, a mis veintiocho años acabo de descubrir que soy esquizofrénica –farfulló entre dientes, el rostro girado hacia la ventanilla mientras avanzaban por la carretera.

–¿Has dicho algo? –inquirió Zack distraídamente, girando suavemente el volante para tomar una curva.

–No, nada.

Nada que quisiese repetir.

–¿Puedes explicarme otra vez a qué vamos exactamente?

Kim volvió la cabeza hacia él y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir un suspiro soñador. Si con vaqueros y camiseta le costaba dejar de mirarlo, con ese uniforme de gala blanco que llevaba aquello se había convertido casi en un imposible. Cuando lo había estado esperando junto al coche y lo había visto salir de la casa tan increíblemente guapo, había estado a

punto de tumbarse en el capó del coche y gritarle: «¡Hazme tuya!».

–Es una fiesta que da mi padre para celebrar el compromiso de mi hermano Reid y Tina –contestó.

Casi se había olvidado de aquella fiesta con lo alteradas que había tenido las hormonas en los últimos días. Y ya iban tarde porque no sabía dónde había puesto las llaves del coche y se habían tirado un cuarto de hora buscándolas por toda la casa.

–Entonces será algo íntimo, ¿no? Unos cuantos familiares y amigos.

Kim lo miró y se rió.

–No exactamente. Más bien será una fiesta al estilo Danforth.

–¿Y cuál es el estilo Danforth?

–Invitar a media ciudad –respondió Kim.

Las fiestas que daba su padre solían ser eventos formales en exceso y aburridísimos. Desde niños sus hermanos y ella habían tenido que acostumbrarse a ellas. Los hacían desfilar por el salón de baile vestidos como repollos, dejando que los invitados les diesen pellizcos en los mofletes y palmaditas en la cabeza, y les repitiesen cien veces lo bien educados que estaban, para luego irse a la cama.

Incluso sus fiestas de cumpleaños habían acabado convirtiéndose en asuntos de negocios. Mientras un payaso contratado los entretenía en un rincón del salón a ellos y los hijos de los demás invitados, su padre cerraba tratos, y le doraba la píldora a los accionistas de su empresa. La fiesta de aquella noche seguramente no sería muy distinta.

–Es una celebración familiar, pero dado que mi padre se presenta a senador, no va a perder la oportunidad de hacer una recaudación de fondos para su campaña. Habrá invitado a la alta sociedad de Savannah, a empresarios, y probablemente habrá periodistas, y alguna que otra cadena de televisión.

–¡Y yo que pensaba que tomaríamos hamburguesas a la parrilla y cervezas en un patio bajo unos farolillos de colores…! –exclamó Zack, girando la cabeza hacia ella y sonriendo.

Kim se echó a reír, y la risa atenuó la ansiedad que la atenazaba por tener que asistir a aquel evento. Y es que, aunque quería muchísimo a su familia, detestaba esas fiestas. Siempre las había detestado: tener que hablar con gente a la que probablemente no volvería a ver, al menos hasta la próxima fiesta, sonreír cuando le

dolían los pies, pasear una copa de champán que no podía beberse porque no estaría bien visto que un Danforth bebiera demasiado… Por muchas fiestas a las que acudiese, jamás se sentiría cómoda en ellas.

–No, me temo que no habrá cervezas en la fiesta –respondió riéndose–, pero podemos ir a la cocina a robar un par de la nevera.

–¿Podemos? –repitió Zack sonriendo–. ¿No irás a decirme que una noche bebiendo cerveza con un grupo de SEALs te ha hecho renegar del champán?

–No del todo, pero tengo que admitir que la cerveza y las pizzas tampoco están mal.

–Todavía estamos a tiempo de dar media vuelta e irnos a cenar a alguna pizzería.

–Eso suena tentador –dijo Kim con un suspiro–, pero mi padre me mataría si faltase a la fiesta.

–Como quieras. Tú mandas –contestó Zack, lanzándole una breve mirada.

A pesar de la charla y las sonrisas parecía tensa. De hecho, podía sentir el nerviosismo que irradiaba, como cuando una piedra cae al agua y se forman ondas en la superficie que van extendiéndose. Fuera consciente de ello o no, estaba levantando barreras entre ellos. O más bien, se corrigió, estaba haciendo más altas las que ya existían. Y, cuanto más se aproximaban a la mansión familiar de los Danforth, más tensa parecía ponerse. Era como si se estuviese convirtiendo en otra persona, alejándose de la Kim a la que él conocía para volver a ser la Kimberley que probablemente jamás entraría en una pizzería.

–Gira aquí –le dijo de repente. Y Zack advirtió que su voz sonaba más grave.

Hizo que el coche girara a la derecha, y a los pocos metros aparecía una enorme verja de hierro forjado. Atravesaron el arco de entrada, y avanzaron por un camino flanqueado por grandes árboles. Sus largas ramas desnudas parecían huesudos dedos que quisieran tocar el coche, y el musgo que colgaba de ellas, jirones de terciopelo verde mecidos por el viento del océano.

–Impresionante –murmuró Zack, manteniendo la vista al frente, en el trecho iluminado que los faros del coche iban cortando en la oscuridad.

–Pues todavía no has visto nada –suspiró ella.

–Apuesto a que esto intimidaba a los chicos con los que salías en el instituto.

–Supongo que los habría intimidado… si hubiera salido con alguno –respondió ella–. Estudié en un internado para chicas, en Suiza –explicó, alisándose nerviosa la falda del vestido.

–¿Un internado? Siempre he tenido curiosidad por saber…

De repente Zack dio un frenazo, y Kim se agarró al guardabarros.

–Zack, ¿qué…?

–¿Estás bien? –preguntó él, desabrochándose el cinturón.

–Sí, estoy bien, pero, ¿por qué has…? –inquirió ella contrariada, viendo que estaba abriendo la puerta.

–¿No la has visto? –dijo Zack, señalando a una mujer de pie junto a uno de los árboles, antes de bajarse del vehículo.

Se había apartado del centro del camino, donde había estado hacía unos segundos. Le había dado un susto de muerte. Llevaba un vestido negro largo que casi rozaba el suelo, su rostro pálido estaba girado hacia ellos, y sus ojos apagados lo miraban fijamente.

–Zack, por favor… vuelve dentro y sigamos –le rogó Kim desde su asiento, sin querer mirar por el parabrisas.

–¿Qué dices? –replicó él frunciendo el entrecejo–, no podemos dejarla ahí en medio. Señora, ¿está usted bien? –preguntó, dando un paso hacia la mujer–. ¿Quiere que la llevemos a la casa?

De pronto se dio cuenta de que las luces del coche parecían atravesarla. La mujer no dijo nada. Sólo siguió mirándolo, con una expresión tan llena de dolor, que Zack sintió una sensación de angustia horrible en el pecho. El vello de la nuca se le erizó, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Entonces la mujer abrió la boca, y dio la impresión de que estuviera hablando, pero de sus labios no salía sonido alguno. Zack la observó, intentando averiguar qué estaba tratando de decirle, y vio cómo se retorcía las manos mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla.

–Zack, por favor, vámonos… –le imploró Kim con voz temblorosa.

Pero Zack no podía apartar la vista de la mujer.

–¿La… la estás viendo?

–Sí, Zack, la veo, pero por favor, vámonos…

No era un hombre asustadizo, pensó Zack, y se había enfrentado a la muerte en innumerables ocasiones, pero allí de pie, con un fantasma enfrente, se alegró de no estar solo. Nuevas lágrimas afloraban sin cesar a los ojos de la mujer, que poco a poco fue desvaneciéndose, hasta desaparecer.

Con el corazón aún latiéndole de tal modo que parecía que fuera a salírsele del pecho, Zack regresó al coche.

–Dios… era… era un fantasma –balbució anonadado.

–Es la señorita Carlisle –explicó Kim–. Su nombre es lo único que sabemos de ella. Eso, y que lleva muerta unos cien años.

Zack resopló incrédulo. Aquel trabajo estaba resultando de lo más interesante: una científica preciosa, una mansión, amenazas por correo electrónico… y fantasmas. Y eso que el mes ni siquiera había terminado.

La fiesta de aquella noche no se diferenciaba demasiado de todas las que se habían celebrado antes en Crofthaven, la mansión de los Danforth. Había música suave que servía de fondo al murmullo de las conversaciones de los invitados, y docenas de camareros paseándose entre la gente con bandejas de selectos aperitivos y copas de champán.

De pie con Zack en el umbral de las puertas de doble hoja del salón de baile, Kim inspiró profundamente, mentalizándose para pasar dos o tres horas haciendo el papel de chica de sociedad. Al menos aquella vez no estaba sola, se consoló, y no tendría que quedarse en un rincón.

–Ahora entiendo que te echaras a reír cuando te pregunté si esta fiesta iba a ser algo íntimo y familiar –farfulló Zack, inclinándose sobre su oído.

Kim se estremeció cuando su aliento le rozó el cuello, y volvió la cara hacia él, encontrándose con sus labios a sólo unos centímetros de distancia. Tragó saliva, y obligó a su mente a reaccionar.

–Um… no, las fiestas de Crofthaven nunca son fiestas en familia.

–¿Conoces a toda esta gente?

–No, sólo a unos pocos –respondió ella–. Mira, aquel hombre alto con el traje azul marino es mi hermano Reid, y la joven rubia a

la que rodea la cintura su prometida, Tina.

–Ajá.

–Y los que están al lado son Ian, Adam, y Marcus, mis otros hermanos.

–Vaya, tienes una familia extensa desde luego.

–Y eso es sin contar a mis primos –dijo Kim, esbozando una sonrisa.

–Caramba. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

–Buscar a mi padre, supongo –murmuró ella.

–Bien, pues vamos –dijo Zack, poniéndole una mano en el hueco de la espalda, y entrando en el salón.

Mientras avanzaban por el brillante suelo de mármol, Kim sonreía cortésmente a quienes pasaban, pero la abrasadora sensación que le producían los dedos de Zack, aun a través del vestido de seda negro que llevaba, estaba volviéndola loca.

De pronto la mano se deslizó por su cintura, yendo a reposar en la cadera, y se le cortó la respiración por un momento, pero no pudo reprimir una sonrisa divertida al ver las miradas envidiosas que le lanzaban las féminas junto a las que pasaban.

Alto, fuerte y guapo, Zack era la personificación de las fantasías de cualquier mujer… sobre todo con su uniforme de gala. Y, al menos por esa noche, era suyo.

Encontraron a su padre en el extremo opuesto del salón de baile, inmerso en una discusión con tres hombres vestidos de negro. No se le veía muy contento, y Kim sintió una punzada de ansiedad. Que su padre estuviese serio en una fiesta sólo podía significar una cosa: que había algún problema.

Cuando se acercaron a ellos, a pesar de que estaba hablando en un tono bajo, Kim pudo escuchar sus últimas palabras.

–…no me importa lo que dijeran. No lo voy a consentir –estaba farfullando, sus pupilas clavadas en el rostro del más alto de los tres hombres.

Kim vio un destello de irritación en los ojos del hombre.

–Mire, señor Danforth, le aseguro que… –comenzó a replicarle, con un acento que Kim no sabría definir. ¿Hispano?

–No –lo cortó su padre abruptamente. Dio un paso hacia él, entornando los ojos, y bajando la voz aún más le advirtió–: nadie amenaza a mi familia, ¿lo ha comprendido? Si vuelven a causarle a

mi hijo Ian más problemas, me lo tomaré como algo personal. ¿Lo ha entendido?

Su interlocutor apretó los labios.

–Sí, señor.

Antes de que Kim pudiera preguntarse qué estaba pasando, Zack le dijo que no se moviera de donde estaba, y fue junto a su padre.

–Si puedo hacer algo por ayudarlo, señor Danforth –le ofreció, lanzando una mirada de advertencia a los tres hombres.

El padre de Kim giró el rostro hacia él, después miró brevemente con el ceño fruncido al tipo alto, y movió la cabeza.

–Gracias, pero no será necesario. Estos caballeros y yo ya hemos terminado de hablar. ¿No es verdad, señores?

El hombre alto asintió por toda respuesta.

–Bien. Gracias por venir. Lamento que tengan que marcharse tan pronto –dijo Abraham. Hizo un gesto con la mano, y al instante estuvieron a su lado dos hombres fornidos y con cara de malas pulgas–. Dick, Pete, acompañad a estos caballeros a la salida.

–Sí, señor Danforth –respondió uno de ellos, se volvió hacia el tipo alto, que estaba visiblemente furioso–. Por aquí, por favor.

Kim se apresuró a ir junto a su padre.

–Papá, ¿qué está pasando?

Su padre se giró hacia ella, y al verla sus facciones se distendieron, igual que sale el sol cuando se alejan las nubes de tormenta.

–¡Kim, cariño! ¡Qué bonita estás! –exclamó sonriente. Luego, se volvió hacia Zack, y le tendió la mano, que el otro hombre estrechó–. Y tú debes ser Zack Sheridan. Eres la viva imagen de tu padre hace veinte años, claro. Me alegro de conocerte al fin.

–Papá –intervino Kim, tirándole de la manga de la chaqueta–, déjate de presentaciones y dime de qué estabas hablando con esos hombres.

–De nada que tenga que preocuparte –respondió él, antes de sonreír de nuevo a Zack–. Gracias por ofrecerte a ayudarme.

–No hay de qué –respondió Zack–. Los SEALs tenemos que apoyarnos unos a otros.

Abraham Danforth suspiró y esbozó una sonrisa.

–Mis días de SEAL quedan ya muy atrás, me temo.

–Un SEAL nunca deja de serlo, aunque se retire –replicó Zack.

–Hoo-yah.
–Ése es el espíritu, señor.
–Si habéis acabado con vuestro ritual de hermanamiento… –masculló Kim irritada–, ¿podrías dedicarme un segundito, papá, y decirme qué querían esos tipos?
Su padre frunció ligeramente el ceño, y movió la cabeza.
–Kimberley, por favor, déjalo ya. Ésta no es una noche para hablar de cosas desagradables. Es la gran noche de tu hermano.
Kim resopló incrédula.
–Por amor de Dios, si Reid no conoce ni a la mitad de esta gente…
–Aun así la fiesta es para celebrar su compromiso –insistió su padre–. No nos olvidemos de eso, ¿de acuerdo?
–Pero, ¿qué pasa con Ian? –inquirió ella.
Su padre frunció de nuevo el ceño, claramente exasperado.
–Por favor, hija, baja la voz. Ha estado amenazándolo un capo colombiano del tráfico de drogas, pero ya me he encargado de ello.
–¡¿Tráfico de drogas?! –repitió Kim, con los ojos como platos.
–¡Shhh! –la chistó su padre, mirando a uno y otro lado, por si la habían oído. Agarró el brazo de Zack y le ordenó–: Sheridan, saca a bailar a mi hija.
–Será un placer, señor –respondió Zack, tomando la mano de Kim, y entrelazando sus dedos con los de ella–. Vamos –le susurró, conduciéndola a la pista–, no tiene sentido pelear en una batalla que no vas a ganar.
Kim, que todavía estaba irritada con su padre, giró la cabeza para mirar una última vez a su padre, y se volvió hacia Zack.
–¿Acaso es eso lo que hacéis los SEALs?
Zack la tomó entre sus brazos, atrayéndola hacia sí, sonrió, mirándose en sus ojos, y se encogió de hombros.
–Tú no eres un SEAL, y tu padre no quiere hablar de ello y no va a cambiar de opinión, así que lo mejor es que te olvides del asunto.
–Pero…
–Siempre hay un «pero» contigo –dijo Zack sonriendo, y empezando a moverse al ritmo de la música–. Aunque sólo sea por una vez, olvídate de todo, y disfruta del momento.
Kim abrió la boca, como para replicar, pero suspiró con pesadez y volvió a cerrarla.

–Eso ha debido costarte una barbaridad –la picó Zack.

–No te lo imaginas –admitió ella, subiendo la mano izquierda a su hombro mientras se movían por la pista.

–Bueno, entonces te diré algo para que puedas quitarte de la cabeza las preocupaciones.

–¿El qué?

–Que esta noche estás preciosa.

Kim lo miró y parpadeó.

–Recuerda: yo jamás te mentiría –le dijo Zack, viendo la duda en su mirada.

Kim asintió lentamente, sin apartar sus ojos de los de él.

–Gracias.

Alrededor de ellos bailaban otras parejas, se cerraban tratos de negocios, se intercambiaban sonrisas hipócritas, y se hacían falsos cumplidos, pero para Zack, con Kim entre sus brazos, era como si no hubiera nadie más en el mundo que ellos dos.

Podía sentir los latidos del corazón de la joven contra su pecho, y con cada giro sus muslos se rozaban, provocándole un placentero cosquilleo.

El vestido negro corto que se había puesto Kim para la ocasión le sentaba como un guante, resaltando las formas femeninas de su cuerpo, y los zapatos negros de tacón con que había calzado sus pequeños pies hacían que sus piernas pareciesen más largas. Se había hecho además una trenza de raíz que le caía hasta la mitad de la espalda, y Zack se encontró imaginándose a sí mismo deshaciéndola, y enredando sus dedos en aquellos gloriosos cabellos de ébano.

A pesar de que se notaba la boca seca y el corazón golpeándole contra las costillas, siguió bailando, balanceándose con la música, que parecía estar vibrando en su interior. Pero, cuando Kim apoyó la mejilla en su hombro e inhaló el perfume floral de su pelo, supo que era hombre muerto.

Nunca había deseado a una mujer de aquel modo, y no estaba seguro de poder esperar a que ella diese el primer paso.

En ese momento concluyó la pieza que estaba tocando la pequeña orquesta contratada para la fiesta, y Zack le cedió a regañadientes el siguiente baile a un señor de mediana edad que se acercó a ellos.

Mientras Kim bailaba un vals con aquel hombre, Zack se paseó por el salón, sintiéndose incómodo y preguntándose qué diablos estaba haciendo allí. Aquel lugar y la gente a su alrededor apestaban a dinero, y de pronto las diferencias entre Kim y él se le hicieron más evidentes que nunca. Y, sin embargo, no podía apartar los ojos de ella.

Cuando terminó el vals, se acercó a ella uno de sus hermanos, y empezó a presentarle a una serie de personas, así que Zack optó por quedarse a una distancia respetuosa, dejando que se desenvolviese en el que, al fin y al cabo, era su ambiente, el mundo en el que se había criado. Además, después de todo él no estaba allí para socializar ni divertirse, sino para protegerla.

La observó, admirado de sus elegantes maneras, y de la facilidad aparente con que repartía estudiadas sonrisas y conversaba con gente vacía. Aparente, porque le constaba que aquello era algo que se había acostumbrado a hacer por obligación, pero no le agradaba en absoluto.

Dios, y estaba tan preciosa con aquel vestido negro… Por más que se decía que no debía mirarla como un hombre sino como su guardaespaldas, no lo conseguía. Intentó distraer su mente observando a la gente, y se esforzó por prestar atención cuando el señor Danforth, a petición de una invitada, contó la historia de la señorita Carlisle, el fantasma de la mansión, pero al cabo de una hora o más de pasearse, sonreír, y contestar estúpidas preguntas acerca de la vida militar, se sentía a punto de explotar.

Se dirigió hacia donde estaba Kim, rescatándola de una pesada señora de acento sureño que llevaba más de diez minutos atormentándolas a ella y otra joven con la historia de sus antepasados, y la llevó a la pista de baile.

–¿Te diviertes? –le preguntó Kim, sonriendo maliciosa mientras comenzaban a moverse al ritmo de un tema lento.

–Oh, sí –farfulló él, atrayéndola más hacia sí–, no me divertía tanto desde la vez que derribaron nuestro helicóptero en una misión en el desierto hace tres meses.

Una de las comisuras de los labios de Kim se arqueó hacia arriba.

–Si te sirve de consuelo, a mí los pies me están matando.

Zack bajó la vista a sus zapatos de tacón.

–Supongo que no serán muy cómodos, pero te hacen unas piernas espectaculares.

Kim sonrió azorada.

–¿Sabes?, me alegra que estés aquí, conmigo.

Zack esbozó una media sonrisa. Aquella fiesta volvía a ser soportable ahora que tenía de nuevo a Kim para él sólo.

Kim deslizó la mano izquierda hasta su cintura, y apoyó la cabeza en su hombro. Zack le apretó la mano derecha suavemente, llevándola a su pecho, mientras que la otra subía y bajaba por su espalda en una sensual caricia al compás de la música.

–Dios… ¿hasta cuándo tenemos que seguir aquí? –inquirió de pronto Zack, con voz ronca–. Te necesito, Kim –le susurró–, y no puedo esperar más a que vengas a mí…

Bajó la mano al hueco de la espalda de la joven, y la apretó contra sí, para que pudiera notar la prueba de su deseo.

Kim cerró los ojos, y un suspiro tembloroso escapó de sus labios entreabiertos.

–Zack, yo… no creo que debamos…

–Te deseo, Kim. Te necesito…. –la interrumpió él, recorriendo sus delicadas facciones con la mirada, mientras el corazón le latía salvajemente–. Te deseo tanto que no estoy seguro de que las piernas vayan a soportarme para salir de aquí.

Kim alzó la vista, y lo miró a los ojos durante un instante que a él se le hizo eterno. Después, se humedeció los labios, inspiró, y le dijo:

–Vámonos.

Capítulo Nueve

Zack mantuvo el pie sobre el acelerador casi todo el trayecto, tomándose cada semáforo en rojo como un insulto personal.

Con la mandíbula apretada y la vista fija en la carretera frente a él, se contuvo para no parar el coche en cualquier sitio y hacerle el amor a Kim allí mismo. Además, apenas podía mantener las manos en el volante, cuando donde quería tenerlas era sobre ella.

Nunca había deseado a una mujer como deseaba a Kimberley Danforth. Su perfume lo tenía embriagado, y el calor que irradiaba su cuerpo parecía estar llamándolo, a pesar del espacio entre los asientos.

Cada aliento que la joven inspiraba y exhalaba lo sacudía por dentro, poniéndolo más y más ansioso. Y, con el corazón martilleándole en el pecho, Zack se dijo que aquello era ridículo. Allí estaba él, un SEAL, un hombre más que experimentado, reaccionado como un estudiante de instituto que estuviera a punto de llevarse al huerto a una animadora de su equipo.

¿Y qué más daba si era ridículo?, se preguntó. El deseo corría por sus venas a la misma velocidad que avanzaba el vehículo, zigzagueando por entre el denso tráfico. Escuchó a Kim soltar un gemido ahogado cuando tomó una curva bruscamente.

–Perdona, lo siento –murmuró–, intentaré conducir un poco más despacio.

–Ni se te ocurra –susurró ella.

Y esas cuatro palabras bastaron para que Zack volviera a pisar el acelerador, rogando por que no pillaran más semáforos en rojo.

Atrás había quedado la fiesta, la gente, la música, las conversaciones banales… todo aquello había desaparecido, y de nuevo volvían a estar sólo ellos dos. Nada más importaba.

Era como si el deseo que había surgiendo poco a poco dentro de ellos desde el primer día hubiera explotado de repente, igual que un volcán en erupción, obligándolos a ambos a dar rienda suelta a la atracción que ya no podían negar que existía.

A Zack ni siquiera le importaba haber sido él quien había sido el primero en rendirse a la evidencia, no le importaba que no hubiera sido ella quien hubiese ido a él. Lo único que le importaba en esos momentos era poder acariciarla al fin. Su mente conjuró toda una serie de sensuales imágenes, una tras otra: sus cuerpos desnudos entrelazados en la cama de su dormitorio, sus manos recorriendo sus largas piernas, sus dedos enredándose en su cabello negro, sus labios sobre los de ella mientras la penetraba…

Gimió para sus adentros, ordenando a su cerebro que fuera paciente. Lo último que necesitaba era que se estampasen contra un poste del teléfono. Además, si moría en un accidente de coche antes de poder poseer a Kim, estaba seguro de que vagaría doliente por aquella ciudad como un fantasma por el resto de la eternidad, igual que la señorita Carlisle.

Girando a la derecha para entrar en la calle de Kim, Zack vació su mente de todo lo que no fuera aparcar el coche. Subieron la rodada, echó el freno de mano, apagó el motor, y se volvió hacia Kim, abriéndole los brazos.

Ella estaba igual de ansiosa que él. Se desabrochó a toda prisa el cinturón de seguridad, y se inclinó hacia él, como si aquello hubiera sido lo único que hubiera estado conteniéndola.

Zack la tomó por la cintura, sentándola a horcajadas en su regazo, y Kim se removió para ponerse cómoda, y al hacerlo sus caderas se frotaron con la entrepierna de él, pudo comprobar lo excitado que estaba ya.

–Cariño… –murmuró Zack entre beso y beso–, estás matándome.

–Oh, no –dijo ella, levantando los brazos para tomar el rostro de Zack entre sus manos–, todavía no. Te quiero vivo y… oh, Dios, Zack, te deseo tanto…

–Eso está bien, nena, muy bien –murmuró él, dándole un beso más profundo, y deleitándose en sus suspiros y la calidez de su boca.

La saboreó, entregándose al placer casi místico de aquella unión de labios, lenguas, y alientos convirtiéndose en uno. Y luego, cuando la atrajo hacia sí hasta que sus senos quedaron apretados contra su ancho tórax, el deseo lo golpeó aún con más fuerza, y pudo sentir sus pezones endurecidos como si estuvieran marcándolo a fuego.

Una de sus manos subió por el muslo de Kim, introduciéndose por debajo del dobladillo del corto vestido negro, y jadeó cuando sus dedos tocaron la ancha banda elástica de encaje de sus medias. Al instante su mente se llenó de imágenes de Kim vestida sólo con esas medias, y los latidos en sus oídos le dijeron que su corazón estaba ya desbocado.

Kim se removió en su abrazo, intentando acercarse aún más a él, mientras su mano seguía subiendo más y más.

–Zack…

–Déjame tocarte, cariño –murmuró él.

Inclinó la cabeza para besarla y mordisquearla suavemente en el cuello.

–Oh, Zack… –suspiró Kim, echando la cabeza hacia atrás.

–Oh, sí… –jadeó él, dejando que su aliento soplara como una brisa cálida sobre la piel de la joven.

Las formas redondeadas de su cuerpo parecían encajar perfectamente con las formas angulosas de él, como si fueran dos piezas de un mismo puzzle. Y el modo en que se estaba frotando contra su pecho, el modo en que sus brazos le rodearon el cuello y apretó sus labios contra su garganta… Kim era muchísimo más de lo que jamás había imaginado.

Fuera del coche el vecindario estaba a oscuras y en silencio. Las luces de las casas estaban apagadas y, aparte de su respiración jadeante, lo único que escuchaban era a un perro en la distancia, aullándole a la luna. Zack también sentía deseos de aullar.

Subió la mano un poco más por el muslo de Kim, acercándose peligrosamente al centro de su calor.

Kim levantó las caderas, echando de nuevo la cabeza hacia atrás, y de sus labios escapó un gemido ahogado.

–Zack, necesito…

–Yo también, cariño –dijo él, bajando la cabeza para besarla en la base del cuello. No puedo esperar más, tengo que tocarte ya.

Kim levantó la cabeza, sus ojos se encontraron, y tomó su rostro entre las manos.

–Yo tampoco quiero esperar más, Zack –le dijo quedamente. Cada palabra lo golpeó como una bala de terciopelo, que impactara contra su pecho, su mente, su corazón–. Tócame, Zack –le susurró, inclinándose para besarlo–. Tócame ya.

Sus labios se encontraron con los de él en el mismo instante en que Zack cubrió su monte de Venus con la palma de la mano. Kim jadeó, y se removió ansiosa, pero Zack la mantuvo firmemente apretada contra sí con la otra mano en el hueco de su espalda.

Sus dedos agarraron lo que parecía el borde de unas braguitas de encaje, y dio un rápido tirón.. Se rasgaron fácilmente, y al instante siguiente su mano ya se había introducido entre los cálidos pliegues de la joven.

Kim aspiró hacia dentro, conteniendo el aliento, y volvió a besarlo, esa vez con más ardor, entrelazando su lengua con la de él, mientras sentía el corazón de Zack latiendo con fuerza contra su pecho. Levantó las caderas para él, y de sus labios escapó un gemido cuando introdujo en su húmedo calor un dedo, y luego dos.

Zack despegó sus labios de los de ella, jadeando como un hombre que acabase de salir a la superficie tras haber estado a metros de profundidad. Kim se arqueó en su abrazo, y abrió más la piernas, y después más aún, ofreciéndole más de sí, ofreciéndoselo todo.

Y él lo tomó. Su pulgar acarició la pequeña protuberancia entre sus pliegues, y Kim jadeó, pronunciando su nombre.

–Zack, es demasiado, es…

–Pero todavía no es bastante, cariño –le susurró él, sintiendo su voz tensa por el nudo de deseo que se le había formado en la garganta–. Todavía no…

Sus dedos se introducían en ella y volvían a salir una y otra vez, empujándola a nuevas cumbres de placer, haciéndola elevarse a las alturas, y Kim sacudía las caderas contra su mano mientras su respiración se volvía más rápida y entrecortada, entrando y abandonando sus pulmones a un ritmo frenético.

–Oh, Zack… es maravilloso… es… –farfullaba Kim.

De pronto todo su cuerpo se puso tenso, y un gemido largo y profundo escapó de su garganta mientras en su interior estallaron fuegos de artificio.

Con el corazón golpeándole todavía contra las costillas y la garganta seca, Kim tuvo la impresión de que cada músculo de su cuerpo se hubiera vuelto blando como la gelatina, de que estuviera

derritiéndose como un cubito de hielo.

De hecho, si Zack no hubiera estado sosteniéndola aún, probablemente se habría escurrido de su regazo, acabando convertida en un charco de agua en el suelo del coche.

El coche… oh, Dios, acababa de tener el orgasmo más increíble de su vida en el asiento delantero de su coche, estacionado en la puerta de su casa.

Una vocecilla pudorosa le dijo que debería estar avergonzada. ¿Qué pensarían los vecinos si la hubieran visto? Al diablo, se dijo. Se había dejado llevar por sus impulsos y se sentía maravillosamente.

–Ha sido… –murmuró cuando reencontró su voz–… ha sido increíble.

–Pues espera a que tenga más espacio para maniobrar –dijo Zack, arqueando una de las comisuras de sus labios en una sonrisa que le llegó a Kim al corazón.

–Vaya, pues estoy deseando verlo.

–Bien –murmuró él, poniéndole bien la falda del vestido–, porque, si te parece, podríamos entrar en la casa y terminar lo que hemos empezado.

–Sí, por favor –dijo Kim, ansiosa por volver a experimentar lo que había sentido.

Todo su cuerpo vibraba aún por el placer que le habían provocado sus caricias, y quería más. Necesitaba más. Quería que la hiciera suya, quería sentirlo deslizándose dentro de ella, llevándola una vez más a aquellas gloriosas cumbres que le había mostrado hacía unos minutos.

Zack abrió la puerta del coche y salió, llevándola en sus brazos.

–Puedo caminar –dijo Kim.

–Y yo puedo llevarte –dijo él, inclinándose para darle un beso apasionado–. Me gusta, y quiero hacerlo.

A ella también le gustaba, pensó Kim. Se sentía como la heroína de una novela romántica, siendo transportada en los brazos de un apuesto oficial de marina que le haría el amor durante toda la noche.

Lo cierto era que todavía no podía creerse que le estuviera sucediendo aquello, ni podía explicarse cómo podía haber pasado en menos de dos semanas de ser una solitaria bióloga marina, a

tener una de las experiencias sexuales más increíbles de su vida en su coche. Dios, ¿podría volver a su vida de antes cuando él se marchara?

Zack subió los escalones del porche, y de pronto la echó sobre su hombro, mientras rebuscaba las llaves de la casa en el bolsillo de su pantalón.

–¡Eh! –protestó ella–, esto ya es menos romántico, Sheridan.

Zack se rió, pero no atendió a su queja. Introdujo la llave en la cerradura, la giró, y subió la mano hasta el trasero de Kim, introduciéndola por debajo del vestido. Sus dedos masajearon sus nalgas desnudas, haciendo saltar chispas de deseo en la joven, despertando nuevas ansias. Se estremeció con aquella caricia tan íntima, y sintió que volvía a derretirse.

–Deme un minuto, doctora –le dijo, tomándola de nuevo en sus brazos, y llevándola dentro de la casa–, esto no ha hecho más que empezar.

–Promesas, promesas… –murmuró ella, extendiendo el brazo para cerrar la puerta.

Zack fue derecho al dormitorio, atravesó el umbral, fue hacia la cama, y en un segundo la tenía tumbada en ella, mirándolo mientras se arrancaba la chaqueta y la camisa del uniforme.

–¿Quieres romanticismo? Pues lo vas a tener –le dijo, sonriendo de un modo lascivo mientras acababa de desvestirse en un tiempo récord.

Cuando estuvo completamente desnudo, se quedó allí de pie permitiendo que Kim lo admirara. ¡Y vaya si lo admiró! No podía quitarle los ojos de encima.

La luz de la luna entraba por la ventana de la habitación, brillando sobre él y haciendo resaltar en la penumbra cada músculo, cada línea, cada cicatriz. La había dejado sin aliento, y cuando vio cruzar por sus ojos un destello de deseo, el estómago le dio un vuelco.

–Tu turno, cariño –dijo Zack.

Asintiendo, Kim se sentó en el borde del colchón, se dio la vuelta, y le preguntó:

–¿Me bajas la cremallera?

Podría haberlo hecho ella misma, pero quería sentir sus manos sobre ella. Quería sentir la leve caricia de sus dedos a lo largo de su

columna.

La cremallera fue bajando con un ruido parecido a un gemido y, cuando el vestido quedó abierto por completo, las manos de Zack se posaron en su nuca y fueron bajando por su espalda desnuda, hasta detenerse sobre la curva de sus caderas.

–Mmm… no llevas sujetador –murmuró, haciéndola girarse hacia él mientras deslizaba el vestido hacia abajo, hasta que cayó al suelo.

–No.

Kim jadeó cuando las manos de Zack tomaron sus senos y después con el pulgar y el índice de cada uno tiró de los ya rígidos pezones, haciéndola gemir.

–Tienes unas manos mágicas –suspiró.

Zack se rió suavemente.

–Todavía no has visto nada.

Kim ronroneó como un gato, y se inclinó ligeramente para enganchar los dedos en las ligas de sus medias, pero Zack la detuvo y sacudió la cabeza.

–Las medias se quedan donde están.

Kim esbozó una sonrisa pícara.

–¿Estás seguro de que no quieres que me las quite?

–Oh, sí, muy seguro –murmuró él, recorriéndola con una mirada lasciva–. Nena, eres la fantasía de cualquier hombre.

–No, no soy una fantasía… soy bastante real –susurró ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Zack la miró a los ojos, y Kim intentó leer las emociones que cruzaban por ellos, pero pasaban tan rápidas que no podía estar segura de su significado. De lo único de lo que estaba segura era de lo maravillosamente bien que se sentía en sus brazos. Se sentía hermosa, y sensual, y salvaje, y libre.

Nunca habría utilizado ninguno de esos adjetivos para describirse a sí misma, y el sentirse así de repente la sorprendía. Era como una revelación de la verdadera Kim, que parecía haber estado dormida en su interior todo ese tiempo, esperando a ser despertada. Y Zack había sido quien la había despertado.

–Recuéstate –le dijo Zack, empujándola suavemente para que se tumbara en la cama–. Ahora vas a tener tu romance.

–Quiero que me hagas tuya, Zack –le dijo Kim–, quiero sentirte

muy dentro de mí.

Zack apretó la mandíbula, e inspiró profundamente.

–Yo también lo quiero, cariño, pero antes voy a besar cada centímetro de tu cuerpo.

Kim se estremeció, y se perdió de nuevo en las profundidades de sus ojos.

–Zack…

–Confía en mí.

–Confío en ti.

Zack sonrió, y se inclinó sobre ella. Empezó en la base de la garganta, con besos húmedos y apasionados, para ir descendiendo hasta llegar a sus senos. Entonces tomó en su boca los pezones. Primero uno, luego el otro. Succionó, masajeando aquellas sensibles circunferencias hasta que Kim casi no se podía estar quieta. Se revolvió debajo de él, sintiendo que estaba ardiendo.

El aliento de Zack soplaba sobre su piel avivando las llamas, volviéndola loca, pero a Kim no le importaba perder la razón, no mientras él no se detuviese.

Zack siguió bajando, imprimiendo besos por su estómago, en el abdomen… Llegó por fin a la unión entre sus muslos, y notó que Kim se tensaba, y se echaba hacia atrás, pero sus fuertes manos agarraron sus caderas y la mantuvieron donde estaba. Kim lo miró mientras se arrodillaba entre sus piernas, y murmuró:

–Zack, no hace falta que…

–He dicho *cada* centímetro, nena –respondió él sonriendo.

Le guiñó un ojo, y bajó la cabeza para darle el beso más íntimo que había experimentado jamás.

Kim suspiró y jadeó extasiada. Era tan… perfecto, tan maravilloso, tan deliciosamente prohibido… La lengua de Zack lamió sus pliegues, y ella se arqueó, sacudiendo la caderas hacia él mientras la llevaba más lejos de lo que nunca hubiera podido imaginar.

El aliento de Zack chocaba contra su calor, y sus labios, sus dientes, y su lengua la torturaban sin darle tregua, llevándola de nuevo al borde de la locura.

Cuando los primeros espasmos la sacudieron, y Zack saboreó su rendición, la sostuvo tiernamente, dulcemente, hasta que volvió a la tierra.

Con la cabeza todavía mareada, Kim lo miró, observándolo mientras se colocaba sobre ella.

–No te imaginas lo preciosa que estás en este momento –murmuró–, así, vestida solo con la luz de la luna y esas medias.

–Tú también estás increíble –respondió ella, sonriéndole mientras se disipaban los últimos coletazos del orgasmo–, …vestido con nada.

–Tú eres lo único que quiero llevar puesto en este momento –murmuró Zack, besándola ardorosamente.

–Tómame, Zack –lo instó Kim, tomando su rostro entre las manos–. Quiero sentirte dentro de mí.

–Enseguida –dijo él.

Y, sin más dilación, se introdujo en ella.

Kim contuvo el aliento y se arqueó hacia él, levantando las piernas y rodeándole con ellas las caderas. Lo atrajo hacia sí. Quería tenerlo más cerca, mucho más cerca.

Zack sacudió las caderas con el rostro hundido en el hueco de su cuello, y Kim sintió cómo el ritmo de sus embestidas se iba volviendo más rápido, haciendo que su corazón cantase, y que ríos de lava corriesen por sus venas.

Y finalmente la llenó, por completo. Había llegado tan dentro de ella, que Kim hubiera jurado que estaba tocando su alma.

Lo rodeó con los brazos, apretándolo contra sí y deleitándose en los fuertes latidos de su corazón contra su pecho. Zack levantó la cabeza para mirarla, y cuando sus ojos se encontraron, Kim creyó ver algo en los de él, un destello de algo que no sabría explicar, pero que hizo que una oleada de calidez invadiera su corazón.

Y aquella vez, cuando se precipitó por el precipicio del placer, Zack la acompañó.

Capítulo Diez

Zack sabía que debería moverse, pero era como si su cuerpo hubiese olvidado cómo hacerlo. Cada uno de sus músculos estaba completamente laxo, relajado. Pero, al mismo tiempo, sentía como si le hubiesen recargado las baterías.

El corazón le latía todavía de un modo salvaje, frenético, y su mente estaba ocupada intentando hallar una explicación para lo que había ocurrido. Sin embargo, no siempre era fácil encontrar una explicación para todo.

No había sido sólo sexo, lo que Kim y él habían compartido había ido mucho más allá. Si únicamente hubiese sido lujuria lo que lo había empujado a yacer con ella, una vez satisfecho su deseo, se habría levantado de la cama, se habría vestido, y habría salido de su vida, como tantas veces antes había hecho con otras mujeres.

Pero en aquella ocasión era distinto. Aquella era la primera vez que no deseaba marcharse. El sólo pensamiento debería haberle hecho bajarse de la cama de un salto, y poner distancia tanto física como emocional entre ambos, pero en vez de eso se quedó mirando el techo aturdido, como si estuviera en estado de shock.

A su lado Kim bostezó y se estiró perezosa, dejando escapar un suspiro mientras deslizaba un pie a lo largo de su pantorrilla. El deseo se reavivó en él al instante, corriendo por sus venas como la pólvora.

–Dios, ha sido… maravilloso –murmuró Kim, apartándose el cabello del rostro.

–Sí –asintió él, felicitándose por ser al menos capaz de articular palabra–, esa descripción se acerca bastante.

Kim se volvió hacia él, apretándose contra su cuerpo desnudo y apoyando la cabeza en la curva de su hombro. Zack inhaló el aroma de su cabello, y se preguntó si alguna vez volvería a oler una sola flor sin pensar en ella, o en aquel momento.

Kim pasó la mano por su ancho tórax, despertando nuevas ansias en Zack. Hacía sólo unos minutos se había sentido saciado, pero en

ese instante el deseo volvió a resurgir en él, exigiendo ser satisfecho. Nunca le había ocurrido algo parecido, sentir esa necesidad arrolladora de una mujer en particular.

No estaba seguro de que le gustase esa sensación de falta de control sobre sí mismo. Cerró los ojos, y puso su mano sobre la de Kim, deteniéndola, esperando que con eso bastara para frenar el deseo que estaba volviendo a palpitar por todo su cuerpo.

–Debo decir –murmuró Kim–, que nunca había disfrutado tanto del final de una fiesta.

–Me alegro, porque ésa era mi intención, que disfrutaras –murmuró Zack con una sonrisa pícara.

El tono en el que había pronunciado aquellas palabras había sido un tono bromista, como si quisiera convencerlos a ambos de que lo que acababa de ocurrir no había sido tan increíble como a él desde luego le había parecido.

Pasaron unos minutos en silencio, y la mente de Zack se llenó de imágenes de las semanas que llevaba en Savannah, y todas tenían como protagonista a la joven que yacía a su lado: Kim riendo, Kim caminando junto a la orilla del río, Kim con el cabello despeinado por el viento, Kim aquella noche en la fiesta, en ese ambiente de lujo y glamour… Ésa última imagen hizo que contrajera el rostro, como si le hubiesen clavado una aguja.

Él había crecido en el seno de una familia de clase media. Era hijo único, y su padre, como él, había sido militar. Formaban una familia pequeña, pero unida, y Zack iba a verlos siempre que tenía permiso. El resto del tiempo tenía otra familia: los compañeros de su equipo. Aquello siempre había sido suficiente para él… hasta hacía poco.

Era comprensible que le atrajese la idea de tener a alguien especial a su lado con quien compartir las penas y las alegrías, pero la vida que llevaba era la clase de vida que quería, y nunca se mezclaría bien con una pareja. Zack, frunció el ceño con la vista de nuevo fija en el techo. Ya lo había intentado una vez, pero el hecho de que no tenía dinero, ni ambicionaba tenerlo, había dado al traste con aquella relación.

Y si había sido así con aquella chica, si lo que tenía que ofrecer no había sido bastante para ella, ¿cómo podría serlo para Kimberley Danforth? A la gente con tanto dinero como Kim sencillamente no

les interesaba nadie fuera de su propio mundo.

No era que le importase, ni que fuese a cometer algún tipo de locura, como proponerle matrimonio, ni mucho menos que estuviera enamorado… Oh, Dios. ¿Enamorado? Se pasó una mano por la cara, en un intento por apartar de su mente esos pensamientos, pero no funcionó. Nada lograría apartarlos. Se había hundido hasta el cuello en aquellas arenas movedizas y lo sabía.

–¿En qué piensas?

–¿Mm?

La voz de Kim lo había sobresaltado, pero había logrado apartar aquellos pensamientos, y tuvo que admitir que se sentía agradecido por ello. Buscó rápidamente algo que decir.

–Estaba… eh… recordando la pequeña charla que dio tu padre en la fiesta.

Kim se echó a reír, haciéndole cosquillas en el pecho con su aliento.

–¿Cuál de todas?

–La del fantasma.

–Oh, sí. Pobre señorita Carlisle… –murmuró Kim. Al decirlo, movió ligeramente la cabeza, rozando su cabellera negra contra la garganta de Zack, a quien su tacto le recordó el de la seda–. Imagínate: te contratan para que seas la institutriz de los niños de la mansión, y te atropellan antes de que llegues a la puerta.

–Uno pensaría que ya habría desistido de llegar a la casa tras cien años intentándolo –comentó Zack–. Supongo que hay cosas que sencillamente no pueden llegar a ser –añadió pensativo.

–¿De verdad crees eso? –inquirió Kim, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Los ojos de Zack se encontraron con los suyos, y esa vez trató de no perderse en ellos, de no pensar en lo hipnótico que resultaba quedarse mirándolos y sentir cómo parecían atraerlo más y más adentro de su alma. Sabía que vería aquellos ojos en sueños durante el resto de su vida. De algún modo lo había marcado, y ni siquiera cuando saliese de aquella casa se liberaría realmente de su embrujo.

Zack la apretó contra sí, y con la mano libre le apartó el cabello del rostro y le acarició la mejilla.

–No lo sé–dijo finalmente en respuesta a su pregunta–, pero creo que a veces, cuando intuyes que algo no está predestinado para ti,

es mejor dejarlo ir.

–Pues yo no creo en eso, no creo en el destino.

–Bueno, yo antes tampoco creía en ello –admitió Zack, y se preguntó si ella estaría dándose cuenta de que ya estaba alejándose de ella.

No podía confesarle lo que sentía por ella porque no tendría ningún sentido. Aquella relación sencillamente no tenía futuro.

–¿Y ahora sí lo crees? –preguntó Kim, incorporándose sobre un codo y mirándolo.

–Ahora… –murmuró Zack, mirándola también–, ahora ya no sé qué creer.

–Pero, ¿sabes lo que quieres?

Los labios de Zack se curvaron en una breve sonrisa aun cuando sentía como si una mano invisible estuviera estrujándole el corazón, provocándole una punzada de dolor en el pecho.

–En este momento… lo que quiero eres tú.

Kim inclinó su cabeza hacia la de él, haciendo que sus cabellos cayeran a ambos lados como una oscura cortina.

–Por ahora –susurró–, basta con eso.

Zack cerró su mente a los pensamientos sobre el mañana, a las advertencias que la fastidiosa vocecilla de su mente intentaba hacerle. Lo único que importaba en ese momento era que estaban juntos, piel contra piel. Haría que contara, se dijo atrayendo a Kim hacia sí y besándola.

Él mejor que nadie sabía por su profesión lo importante que era disfrutar mientras se pudiera de lo que uno tenía, porque quizá ese momento no volviera a presentarse.

Los días fueron pasando, uno tras otro, y las horas entre la salida del sol hasta la puesta se llenaron de risas, confidencias, sexo, y una libertad que Kim jamás había conocido.

En Zack había encontrado a un hombre que comprendía y compartía su amor por el mar. Pasaban horas y horas en la playa, iban juntos a bucear…

Además, con Zack no se sentía como siempre la habían hecho sentirse los hombres: un cerebrito, una chica rara. Se sentía hermosa, e inteligente, y divertida… y lo más importante, al menos

para ella, se sentía deseada.

Cuando Zack la acariciaba era como si su piel se cargara de electricidad. Cuando la miraba, como si la sangre en sus venas ardiera. Cuando la besaba, como si se derritiera.

Desde la noche de la fiesta las cosas habían cambiado entre ellos. Habían dejado de ser solamente guardaespaldas y protegida. Cada noche, Zack iba a su cama, y por la mañana, cuando se despertaba, seguía allí. De pronto sentía que su vida era más plena, más rica con él en ella, y no estaba segura de qué haría cuando se marchase.

Hacía tiempo que había aceptado que no encontraría a la persona especial que todo el mundo soñaba con encontrar, que no tendría la familia, los niños que había soñado tener desde que era una adolescente.

Después del fiasco que había resultado ser su relación con Charles, se había convencido de que no era la clase de mujer de la que los hombres se enamoraban.

Ella era, y siempre había sido, demasiado cerebral, demasiado práctica, y nunca le habían interesado las cosas que a otras mujeres las entusiasmaban.

Prefería mil veces pasar el día bajo el agua, observando el comportamiento de los peces, que en un centro comercial atestado de gente y con luz artificial, buscando un modelo a la última para asistir a una cena de sociedad.

Prefería llevar el cabello recogido en una trenza para que no le molestase, antes que tener que ir un día sí y otro también a la peluquería.

No le gustaba hablar de trapitos, ni de los cotilleos de la prensa rosa, ni de las últimas tendencias en maquillaje, y llevaba siempre las uñas bien recortadas porque no podía imaginarse tener que hacerse cada semana la manicura.

Claro que el llevar la vida que siempre había querido llevar, una vida contracorriente, tenía un precio, y hacía tiempo que había comprendido y aceptado que ese precio era la soledad.

Y entonces, de repente había aparecido Zack Sheridan, poniendo patas arriba su solitaria y ordenada existencia.

Sentada en su mesa de trabajo en la sala de estar, rodeada de libros, levantó la mirada hacia el mueble del teléfono, donde había

un jarrón de cristal con dos docenas de rosas amarillas. Zack se las había regalado hacía un par de días, junto con una caja de chocolatinas… y una válvula nueva para la botella de oxígeno que usaba para bucear, recordó esbozando una sonrisa.

¿Qué mujer podría no enamorarse de un hombre así?

–¿«Enamorarse»? –repitió en un susurro, como temiendo que Zack pudiera oírla.

Claro que era imposible que la oyera, porque estaba en el jardín de atrás, cortando el césped. Se levantó de la mesa, dejando el bolígrafo sobre un libro abierto. ¿*Amor*? ¿Se había… enamorado de Zack?

El ritmo de su corazón se aceleró, sintió que le faltaba el aliento, y que estaba mareada, como si hubiese tomado champán y las burbujas se le hubiesen subido a la cabeza. Estaba enamorada…, enamorada de verdad, por primera vez en su vida.

«Dios, debería haberlo visto venir», pensó para sus adentros, todavía aturdida por aquel descubrimiento. Aunque, aun en el caso de que hubiera intuido que aquello le estaba ocurriendo, ¿habría podido impedirlo?, y, lo que era más importante, ¿por qué habría querido impedirlo?

«Pues porque, pedazo de tonta», se reprendió mentalmente, «lo único que conseguirás arriesgando tu corazón, es hacer tu vida más complicada».

Claro que, a veces, las complicaciones eran lo que hacían la vida más interesante, ¿no? Si todo fluyese, si todo fuese como la seda, sería aburridísimo.

La luz del sol se filtraba por las cortinas blancas de las ventanas, pintando de oro sus muebles y el suelo de madera. Por la ventana entreabierta se colaba el ruido del cortacésped, el canto de los pájaros, y las voces de los niños jugando ruidosamente en la calle.

El mundo seguía siendo el mismo que hacía unos minutos, pensó, acercándose a la ventana a observar a Zack, y, sin embargo, de algún modo, era como si todo hubiese cambiado.

Zack se había quitado la camiseta, y su tórax bronceado y musculoso brillaba por el sudor y la la luz del sol. Las cicatrices, recuerdo de los combates en los que había tomado parte, destacaban por su palidez sobre el resto de la piel, pero de algún modo lo hacían a sus ojos más perfecto, en vez de lo contrario.

¿Qué debería hacer?, se preguntó. No sabía cómo podría ocultarle aquel secreto a voces, pero tampoco podía imaginarse a sí misma confesándole que se había enamorado de él cuando sabía que únicamente estaba allí cumpliendo con lo que le habían ordenado y que pronto tendría que marcharse. No habían hablado de qué pasaría cuando eso ocurriese, no habían hecho planes más allá del mes que casi estaba acabando.

Kim puso la palma de una mano contra el frío cristal, y lo observó, sonriendo, mientras Zack maldecía entre dientes al cortacésped, que se había vuelto a parar.

Tenía que hacer algo. No podía quedarse a un lado y verlo salir de su vida como había llegado.

Esa noche, después de cenar, cuando sonó el teléfono, Zack se levantó como un resorte para contestar. De hecho, cualquiera que lo hubiera visto, habría pensado que estaba esperando una llamada importantísima, pero lo único que ocurría era que estaba a punto de explotar y tenía los nervios a flor de piel.

Había pasado los últimos días intentando estar ocupado con una tarea u otra todo el tiempo, para no pensar en el día en que tuviera que dejar a Kim, pero parecía que, por mucho que se afanase en no parar quieto un momento, su mente seguía volviendo sobre el asunto una y otra vez, constantemente.

El mes casi había acabado, y pronto volvería a embarcar. Aunque una parte de él le decía que era lo mejor, otra temía que llegase ese momento como no había temido nada jamás.

Su profesión exigía que estuviese siempre dispuesto para la próxima misión, fuese donde fuese, y nunca había supuesto para él un problema. Eran su equipo y él, de un lado, y de otro, nueva gente, nuevos países, nuevos problemas que resolver, y nuevos peligros y aventuras.

Pero las cosas estaban cambiando. Tres Cartas se había casado. Cazador estaba convaleciente en el hospital, y él había encontrado a Kim.

–¿Diga? –contestó al teléfono, con cierta irritación.

Sin embargo, momentos después ese sentimiento se veía reemplazado por preocupación cuando escuchó la voz de Ian, otro

de los hermanos de Kim, informándole de que su padre había recibido una nueva amenaza.

Cuando Kim fue junto a él, tomó su mano y, sintiéndola fría, entrelazó sus dedos con los de ella, intentando apartar de su mente el pensamiento de lo frágil que parecía en ese momento.

–¿Qué ocurre? –inquirió ella en un susurro.

–¿Qué dice esta vez? –le preguntó Zack a su hermano, sin contestarle.

–Una frase tan escueta como las anteriores: «sigo observándote», y otra vez firmado «Lady Savannah» –respondió Ian–. Eso es todo.

–Diablos –farfulló Zack–. Esa mujer, si es que es una mujer, podría buscarse otro entretenimiento.

–Más bien tendrían que encerrarla –contestó Ian.

–Sí, estoy contigo –murmuró Zack, soltando la mano de Kim para rodearle los hombros con el brazo y atraerla hacia sí.

–La policía cree que pueden haber dado con una pista, pero aun así no debemos bajar la guardia. Cuida bien de mi hermana, Zack.

–Tranquilo, lo haré –contestó él.

Cuidaría de ella… pero sólo podría hacerlo hasta que tuviera que marcharse, se recordó. ¿Qué pasaría después?, ¿quién cuidaría de ella cuando él se hubiera ido?, ¿quién se quedaría con ella cuando él estuviera a cientos o miles de kilómetros haciendo Dios sabía qué?

Lleno de frustración, colgó bruscamente el teléfono tras despedirse de Ian.

–Mi padre ha recibido otra amenaza, ¿no es verdad? –inquirió Kim.

–Me temo que sí –asintió él, girándose hacia ella y abrazándola–, otra más.

–Dios, ¿cuándo acabará esto? –gimió Kim.

–Ian dice que la policía tiene una pista. Acabarán dando con quien sea que esté mandando esos mensajes.

–Espero que sí –murmuró ella, levantando la cabeza hacia él–, porque estoy asustada.

–No tienes por qué estarlo –susurró Zack, bajando el rostro para mirarla a los ojos–. Estás a salvo conmigo –murmuró peinándole el cabello con los dedos.

–Lo sé –dijo Kim.

Deslizó las manos por debajo del dobladillo de la camiseta de Zack, y le rodeó la cintura.

Aquella caricia hizo que a Zack le ardiese la piel, como si fuera la primera vez que sentía sobre su cuerpo las manos de una mujer, y se preguntó si sería siempre así, por mucho tiempo que pasase, para inmediatamente recordar que nunca sabría la respuesta, porque al cabo de unos días saldría de su vida, y quizá no volviesen a verse.

Cuando eso ocurriera, cuando cada uno volviese a su propio mundo, no les quedaría nada a lo que aferrarse salvo unos pocos recuerdos.

Tomando el rostro de Kim entre sus manos, se inclinó para besarla, y mientras tiraba suavemente de su labio inferior sintió el deseo volvía a despertar en él.

Dejó el mundo a un lado, olvidándose de las amenazas, y de lo que pudiera ocurrir, y se concentró sólo en ellos.

Capítulo Once

Pasaron dos días y, aunque el final del mes estaba más próximo, seguían sin saber qué ocurriría cuando Zack se fuera. Esa mañana, sin nada mejor que hacer, Zack estaba sentado en el sofá de la sala de estar, intentando arreglar el tostador de Kim. Tenía el televisor encendido, pero no le estaba prestando atención, porque estaba demasiado inmerso en sus pensamientos.

El señor Danforth no había recibido más amenazas, y estaba empezando a pensar como Kim que su empeño por que tuviera un guardaespaldas había sido más para que él estuviese tranquilo, que porque corriera algún peligro real.

De hecho, si algo había constatado en ese tiempo, era que lo único que estaba en peligro era su corazón, y que Kimberley Danforth era la fuente de ese peligro.

El ruido de agua en el baño lo sacó de sus pensamientos, para inmediatamente conjurar en su mente imágenes de Kim en la ducha, su largo cabello negro pegándose a su cuerpo mojado. Tenía algunos recuerdos increíbles de aquella pequeña ducha, y tendrían que durarle toda la vida, pensó con un suspiro.

Ninguno de los dos parecía querer hablar del momento en que tuvieran que separarse. Quizá fuera cobardía, se dijo, pero sería la única que hasta la fecha habría cometido en su vida, y estaba dispuesto a vivir con ello. Además, ¿de qué les serviría hablar de algo que no podían cambiar?

En ese momento sonó el timbre, y para su sorpresa, cuando fue a abrir, se encontró con Hula, que seguía de permiso y había decidido pasar por allí para verlo.

Zack fue a la cocina a por un par de cervezas, y se llevó a su amigo al jardín trasero para charlar.

–Bueno, supongo que estarás deseando volver a entrar en acción, ¿eh? –le preguntó el hawaiano, cuando se hubieron sentado en el suelo del porche.

Curiosamente, la respuesta era «no». Por primera vez en más

diez años, y después de todo lo que se había quejado semanas antes, cuando le habían impuesto convertirse por un mes en el guardaespaldas de la hija de un millonario, no sentía ningún deseo de volver a entrar en acción.

Pero era algo que jamás admitiría, ni siquiera a Hula. Zack le lanzó una mirada a su amigo, y encogió un hombro. Tomó un largo trago de cerveza, y rodeó la botella con ambas manos, apoyándola en sus rodillas.

–¿Te han dicho algo de dónde nos van a mandar?

Hula negó con la cabeza.

–Nada de nada –respondió–. A mí no me dicen nada, tío, el jefe del equipo eres tú –añadió esbozando una sonrisa y haciéndole un guiño.

–Es verdad.

Vaya una pregunta más tonta se le había ocurrido hacer. Demonios, ya ni la cabeza le funcionaba.

–¿Y qué me dices de la doctora?

–¿Eh?

Hula sacudió la cabeza entre risas.

–Tío, qué mal te veo.

–No sé de qué me hablas.

Hula resopló.

–Oh, claro, claro. Te creo.

–Cállate, Hula.

–Me callaré, pero no sin decirte antes que te estás comportando como un completo idiota.

Zack lo miró ceñudo.

–Diablos, Revólver –insistió Hula–, es una chica increíble.

–¿Crees que no lo sé?

–Pues si la quieres, díselo.

–Aquí nadie ha hablado de amor –replicó Zack irritado. Aquella palabra llevaba días y días rondando por su mente, pero si no era capaz de decirle a Kim que se había enamorado de ella, mucho menos iba a confesárselo a Hula–. Además, ¿quién eres tú para hablar de amor?, ¿un consejero sentimental?

–Ése soy yo: Hula Akiona, el consejero de los que sufren mal de amores. Mira cómo ayudé a Tres Cartas.

El verano anterior había sido él quien le había dado a su

compañero el empujoncito que necesitaba para declararse a la que ya era su esposa. Claro que la situación había sido muy distinta, pensó Zack. Tres Cartas y Renée se conocían desde hacía años. Kim y él, en cambio, apenas se conocían desde hacía un mes.

–Déjalo estar, hazme el favor –farfulló.

–Como quieras, hermano –respondió Hula, recostándose contra la pared–, pero, ¿qué pasará con la doctora cuando te vayas?

–¿A qué te refieres?

Su amigo se encogió de hombros.

–Pues a que, si todavía no han dado con el tipo que ha estado enviando esas amenazas, ¿qué crees que hará su viejo cuando te vayas? Lo más probable es que busque a otro SEAL para reemplazarte.

A Zack se le revolvieron las entrañas ante la sola idea. ¿Otro SEAL? No se le había ocurrido, pero era indudable que el señor Danforth no se quedaría tranquilo, y pediría a sus superiores que enviaran a otro hombre para protegerla.

Su cerebro empezó a imaginarlo, un SEAL como él, sin rostro, depositando su petate en el vestíbulo, echándose en el sofá, durmiendo en la pequeña habitación al lado de la de Kim, acompañándola en sus paseos por la ribera del río…

Pensar que ese hombre pasaría con ella las veinticuatro horas del día, y sería a él a quien recurriría si se encontrara en peligro, hizo que le hirviera la sangre. ¿Cómo podría marcharse de allí y seguir con su vida cuando un tipo sin nombre lo sustituiría, ocuparía su lugar en el único sitio del mundo donde verdaderamente quería estar?

Oyó un crujido metálico, y cuando bajó la vista se dio cuenta de que había estaba apretando con tal fuerza la lata de cerveza entre sus manos, que había quedado totalmente estrujada, y el contenido que le quedaba le había salpicado la sudadera.

Hula prorrumpió en carcajadas.

–Oh, sí –farfulló meneando la cabeza–. ¿Quién ha hablado de amor? –lo remedó, riéndose de nuevo.

–Cállate, Hula –masculló Zack.

Se levantó furioso, y fue dentro a cambiarse, mientras su amigo se desternillaba en el porche.

Kim necesitaba relajarse, pero no había forma. Ni siquiera el pasear a la orilla del río lograba apartar de su mente los pensamientos que no la dejaban tranquila un instante. Pero, ¿cómo podía relajarse con Zack caminando a su lado?, ¿cómo podía relajarse cuando el hombre al que amaba saldría de su vida en sólo unos días?

Lo que necesitaba era hablar de aquello con alguien. Necesitaba hablar de lo que sentía, del vacío que parecía abrirse ante ella cuando pensaba en la marcha de Zack… pero no había nadie con quien tuviese suficiente confianza para hablar de esas cosas.

Se levantó una brisa fresca que pasó junto a ellos, rozándola con sus fríos dedos, que sin embargo no eran ni la mitad de gélidos que el frío que sentía en su corazón. Se metió las manos en los bolsillos y levantó la cara hacia el viento. Así al menos tendría una excusa si se le saltaban las lágrimas.

A su lado, Zack suspiró, la tomó por el brazo para hacer que se detuviera, y la giró hacia él. Kim nunca lo había visto tan serio, y sintió que se le encogía el corazón.

–Dentro de tres días tengo que volver a la base –le dijo con voz entrecortada–. Y luego partiré hacia mi siguiente destino.

No era como si aquello pillara por sorpresa a Kim, porque desde el primer día sabía la fecha exacta en que Zack se iría, pero ninguno de los dos lo había mencionado en ningún momento en las pasadas semanas. Era como si, sin decirlo, hubieran acordado evitar el tema.

Pero en ese momento había salido a la superficie, como un corcho flotando en el agua, y Kim, que sabía que no podrían rehuirlo más, se dijo que tenía que afrontarlo de una vez.

–Lo sé –musitó.

Zack apartó la vista, y miró el río que corría en su camino hacia el mar como parecían haber corrido los días desde su llegada.

–No sé dónde me mandarán –le dijo–, pero creo que es bueno que me vaya.

–¿Qué?

Zack la miró de nuevo y, o bien no vio las chispas de irritación que saltaban en sus ojos, o bien optó por ignorarlas.

–Es lo mejor –insistió–. Un SEAL no debería tener ataduras, no debería dejar atrás a gente que… que se preocupe por él.

–¿Es eso lo que piensas de verdad?

–Sí, sí es lo que pienso.

–¿Y qué me dices de Tres Cartas? –le espetó ella–. ¿Acaso no está casado?

–Sí, pero…

–¿Y tu padre? –lo interrumpió Kim, temblando de frustración–, tu padre también era SEAL.

–Es verdad, lo era –contestó él, cambiando el peso de una pierna a otra, como un boxeador en el cuadrilátero, intentando recuperar el equilibrio tras haber sido golpeado.

Kim esperó que continuara, pero según parecía Zack no creía que hubiera nada más que decir.

–Así que estás diciéndome que es mejor para ti que nadie se preocupe por ti.

–Escúchame, Kim –murmuró Zack en un tono desesperado. La agarró por los brazos, y la hizo ponerse de puntillas para que lo mirase directamente a los ojos–: me ordenaron venir aquí a protegerte. Era algo temporal, y se suponía que no debía tener contigo otra relación que no fuera la que debe haber entre un guardaespaldas y la persona a la que protege.

–Pero no ha sido así –replicó ella.

Zack la soltó tan bruscamente, que Kim se tambaleó hacia atrás.

–Ésa no es la cuestión.

–Ésa es precisamente la cuestión –le espetó ella con el corazón en un puño. Lo vio contraer el rostro, y se alegró de no ser la única que estuviese sufriendo–. ¿Tú me quieres?

Zack alzó el rostro hacia ella, y se quedó mirándola como si le hubiese salido un tercer ojo en medio de la frente.

–¿*Qué*?

Kim inspiró temblorosa, y repitió la pregunta, temiendo que su respuesta fuera «no».

–¿Me quieres?

–Por amor de Dios, Kim…

–Es… es la segunda vez que dices mi nombre. Me gusta oírlo de tus labios –murmuró ella quedamente.

Zack sentía como si el corazón fuese a salírsele de la garganta. Kim lo sabía, sabía lo que sentía por ella, pero aquello era una locura. Él no era la clase de hombre que necesitaba a su lado.

Procedían de dos mundos distintos, dos mundos que eran como la noche y el día. Aquello jamás funcionaría.

–Creo que será mejor que volvamos a la casa –farfulló.

Pero antes de que pudiera dar un paso la joven lo agarró por el brazo y sacudió la cabeza.

–Ni hablar. Vamos a quedarnos aquí y vamos a hablar de esto.

Zack apretó los labios.

–Ya hemos hablado bastante –le dijo–. Demasiado.

–No es verdad –replicó ella–, y tú no has contestado mi pregunta.

–La respuesta no importa.

Kim abrió la boca con incredulidad, se acercó a él, y le clavó el índice en el pecho mientras le espetaba enfadada:

–A *mí* sí que me importa, pedazo de alcornoque.

–Pues no debería –respondió Zack, tomando su mano y tratando de ignorar la sensación cálida que lo invadió al hacerlo–. El amor no resuelve problemas, doctora. Los crea.

–No hagas eso –murmuró ella, con una voz tan llena de dolor que Zack tuvo la impresión de que le atravesaba el alma–, no empieces otra vez a llamarme «doctora», o «cariño», o «encanto», porque no es más que una manera cobarde de intentar alejarte de mí.

–¿Cobarde? –repitió Zack, poniéndose tenso–. Yo no soy un cobarde, y no tengo ningún problema en hablar las cosas.

–Oh, por favor…

Pero esa vez Zack no iba a dejar que lo interrumpiera. Si quería que hablaran de ello, por él de acuerdo. De cualquier modo no les quedaba mucho tiempo, porque en un plazo de tres días volvería a su vida habitual, y ella seguiría con la suya… sin él. Sí, quizá lo mejor fuera decirse lo que tenían que decirse.

–¿De verdad esperas que te diga que te quiero? ¿Cómo podría hacer una cosa así? Eso sí que sería una cobardía: decirte eso y luego marcharme.

Kim dio un respingo.

–Yo no quería decir…

Zack la tomó otra vez por los brazos.

–Estoy diciéndote que no puedo amarte. Soy un SEAL, y tú la hija de un millonario. Es imposible que pueda haber nada entre

nosotros, ¿no lo entiendes?

Kim le pegó un puñetazo en el estómago, y dado que Zack no se lo había esperado en absoluto, consiguió dejarlo sin respiración.

–¿Hablas en serio? –masculló la joven, caminando en círculos en torno a Zack, mientras éste se esforzaba por recobrar el aliento, mirándola cauteloso–. ¿Me estás rechazando porque mi familia es rica?

–Yo no he dicho…

–Sí que lo has dicho –le espetó ella, deteniéndose delante de él–. Esto es increíble… –farfulló sacudiendo la cabeza–. Toda mi vida la gente se ha acercado a mí por lo que podrían conseguir de mí –le dijo, clavándole una mirada tan penetrante que de ser un cuchillo lo habría hecho sangrar–. ¿Y ahora tú me rechazas por la misma razón? –volvió a sacudir la cabeza, apartando un mechón de su rostro y esforzándose por contener las lágrimas–. Si no fuera porque en este momento lo que querría es morirme, tendría su gracia.

Zack se sentía fatal. Su intención no había sido herirla, pero ahora que lo había hecho, no estaba muy seguro de cómo podía enmendarlo.

–Kim, yo…

–Cállate –le espetó Kim. Su voz se quebró al pronunciar esa palabra, haciéndole sentir como un canalla.

Él no lo había visto desde su perspectiva, y sólo en ese momento se dio cuenta de que, al intentar protegerla de una relación que no creía que pudiera funcionar, lo que había conseguido era lo contrario, hacerle daño.

Mientras que el tal Charles había tratado de embaucarla porque quería su dinero, él rechazaba la posibilidad de una relación entre ellos porque no lo quería, de modo que para ella lo que implicaba aquello era que, igual que aquella sabandija, veía una cuenta bancaria en vez de a ella.

Kim lo miró a los ojos.

–Sólo es una pregunta, Sheridan –le dijo, sin mover apenas los labios, en un leve murmullo–, y aún no la has contestado: ¿me quieres?

Zack tenía el corazón encogido, y sentía que le faltaba el aire. Ansiaba extender sus manos hacia ella, abrazarla… Por primera vez en su vida estaba realmente enamorado. Era esa clase de amor del

que hablaban en las películas y en las novelas, un amor cuya llama jamás se apagaría. Nunca había creído que pudiese llegar a experimentar esos sentimientos por nadie. Sin embargo, en vez de rendirse a lo que su alma deseaba, rehuyó la pregunta con otra:

–¿Y si un día descubrieras que enamorarte de mí fue una equivocación?

Kim meneó la cabeza, esbozando una leve sonrisa.

–El amor siempre implica riesgos –contestó–, implica estar dispuesto a confiar en el otro porque crees que eso cambiará por completo tu mundo.

El hielo que rodeaba el corazón de Zack se resquebrajó. ¿Riesgos? ¿Acaso no era su profesión otra cosa que una serie de riesgos calculados? Quizá Kim tenía razón, quizá estaba siendo un cobarde al negarse a afrontar el mayor riesgo de todos.

–Te colaste en mi corazón –murmuró de repente.

Kim lo miró sin comprender.

–¿Qué… qué se supone que significa eso?

Zack inspiró profundamente, y se acercó más a ella. ¿Cómo podía no amarla? Era fuerte, y valiente, y estaba dispuesta a arriesgar su propio orgullo por darle una oportunidad a su relación. ¿Cómo podía él no corresponderle? ¿Y cómo había pensado siquiera un momento que podría vivir sin ella?

Sí, se había colado en su corazón. Sin saberlo su corazón había sucumbido hacía casi un mes, en el momento en que ella le había abierto la puerta y le había lanzado la primera pulla. Lo hacía reír, lo hacía estremecerse de deseo por dentro, y le provocaba una ternura que sacaba lo mejor de él. Kim lo era todo, y quería tenerla a su lado el resto de su vida.

–Significa que nunca tuve intención de enamorarme de ti.

Kim sintió que le temblaban las rodillas. Miró a Zack a los ojos, y a pesar de la oscuridad que los rodeaba, vio en sus profundidades el brillo de algo cálido y maravilloso. Los latidos de su corazón se aceleraron, resonando en sus oídos.

–Sólo con mirarme en tus ojos verdes ya supe que estaba perdido –admitió Zack, sacudiendo la cabeza–. Luché contra ello, y todavía lo hago. He luchado contra ello desde el día en que nos conocimos, pero no es algo sencillo, porque eres una tentación demasiado grande –le dijo con una sonrisa, tomando su rostro entre

sus manos–. Nunca pensé que esto pudiera pasarme. No sabía que un par de ojos pudieran hacerme desear tener un hogar.

Kim estaba derritiéndose, no podía evitarlo. El brillo de los ojos de Zack y la sonrisa de sus labios hicieron que sus piernas parecieran convertirse en gelatina.

–¿Y niños? –inquirió, arqueando una comisura de los labios.

–Dios, sí –contestó él riendo–, niños también.

Kim suspiró de pura dicha, y subió las manos para cubrir las de él.

–Yo también luché contra mis sentimientos, ¿sabes? –le dijo–. Enamorarme de un SEAL de la Armada no entraba precisamente en mis planes.

–¿De veras? –contestó Zack divertido.

Kim sonrió.

–Sí.

–Entonces, ¿admites que me quieres?

–Yo pregunté primero –le recordó ella, sintiendo como si las estrellas que brillaban en el cielo estuviesen brillando sólo para ellos dos.

–Es verdad, lo hiciste –asintió él–. Y la respuesta es sí, te quiero, Kimberley Danforth.

Kim esbozó una sonrisa maliciosa.

–¿No ha sido tan difícil, eh?

–No demasiado –respondió Zack, sonriendo también–. Creo que podría acostumbrarme a decirlo más a menudo.

–Me alegra oír eso –dijo ella–, porque yo también te quiero, Zack Sheridan.

Zack le rodeó la cintura, atrayéndola hacia sí.

–Bueno –murmuró contra sus labios–, tenemos tres días hasta que vuelva a embarcar…

Kim sintió una punzada de dolor al pensar en tener que separarse de él tan pronto, pero se dijo que era algo a lo que tendría que acostumbrarse: despedirse del hombre al que amaba, y contar los días hasta que volvieran a reunirse. Sería una buena esposa, se prometió, nunca la vería llorar, ni preocuparse, sólo le daría amor, siempre.

–…y se me ocurre que tres días bien aprovechados no son tan poco tiempo –continuó Zack–. ¿Qué te parecería si nos fuéramos a

las Vegas, nos casáramos, e hiciéramos una luna de miel de dos días? –sugirió, guiñándole un ojo–. Quiero casarme contigo, Kim, y no quiero esperar. Por mi profesión no podré pasar contigo tanto tiempo como querría, pero te prometo que haré que cuenten todos los momentos que tengamos juntos.

–¿Las Vegas? –repitió Kim. Zack nunca dejaría de sorprenderla.

–Tres Cartas se casó allí y es muy feliz en su matrimonio –contestó él, sonriendo y encogiéndose de hombros.

Una boda secreta en Las Vegas, no una ceremonia pomposa con cientos de invitados como la que montaría su padre si le dejaba, pensó Kim. ¿Podía haber algo más romántico?

–Entonces no hay un minuto que perder –murmuró Kim, poniéndose de puntillas y dándole un largo y apasionado beso–. Vamos a casa a hacer las maletas.

Zack sonrió, la tomó de la mano, y juntos iniciaron el camino de regreso.

–Oh, y si tu padre sigue preocupado por tu seguridad mientras yo esté fuera –le dijo acordándose–, dile que no busque a nadie. Mandaré yo a uno de mis amigos personalmente.

–¿Otro SEAL? –inquirió ella riéndose.

–Ni hablar –respondió Zack deteniéndose y rodeándola con sus fuertes brazos–. A partir de ahora, yo seré el único SEAL en tu vida. ¿Entendido?

El único SEAL, el único hombre, su único amor.

–Hoo-yah –respondió sonriendo.

Y antes de que pudiera decir nada más, Zack le robó el aliento con otro beso.

No te pierdas la historia de Jacob Danforth que aparecerá próximamente en el Deseo titulado: *Días dorados*